

BOLSILIBROS
BRUGUERA

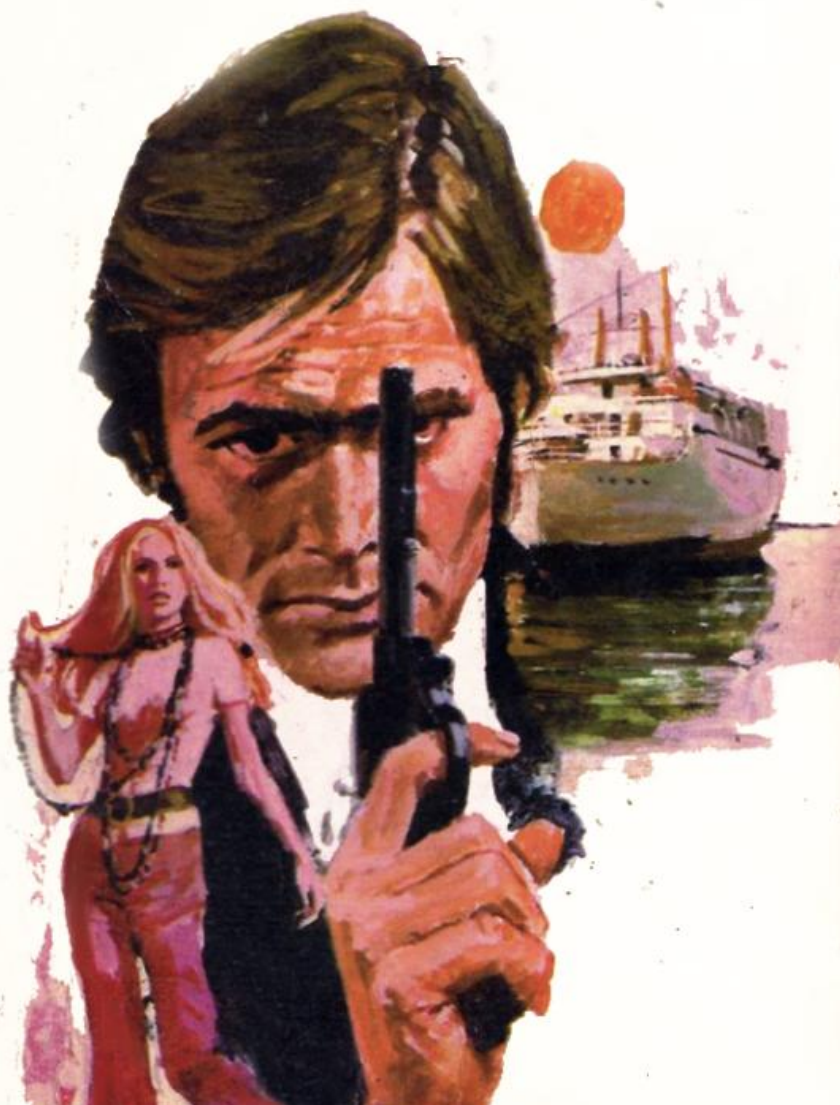
SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

travesía hacia el pánico

curtis garland





SS

SERVICIO SECRETO



CURTIS GARLAND

TRAVESIA HACIA EL PANICO

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 1.093 .

Publicación semanal

Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 19.783 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1971

© CURTIS GARLAND - 1971
sobre la parte literaria

© ANGEL BADIA - 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.090 — El crimen pinta *posters*.

En Colección PUNTO ROJO:

480 — La dama de oro.

CAPÍTULO PRIMERO

FIN DE UNA MISIÓN

Jungla.

Solamente jungla.

Espesor. Frondosidad. Humedad pegajosa que venía de los pantanos, del río Mekong, de aquel clima asiático, pegajoso y de bochorno. Sobre todo en la jungla. En aquella jungla silenciosa, que a la luz incierta podía ocultar trampas de muerte en su engañosa calma.

Parecía como si no hubiera nadie vivo en derredor. Ni dentro de la espesura verde y lujuriosa. Pero todo eso era pura ilusión, engaño ominoso, sutil, muy propio del Oriente.

Perezosamente, entre la fronda verde, se movían las aguas lentas, turbias, del río asiático. Más allá, había arrozales, pantanos. Humedad. Mucha humedad y calor por todas partes, incluso a aquella hora matinal, que hacía chillar de vez en cuando, lejanamente, a los pájaros exóticos que se ocultaban en la espesura.

La fauna oculta, sigilosa, despertaba o se dormía, según su naturaleza y sus hábitos. Parecía no estar, pero estaba allí, con su presencia silente, cauta, feroz incluso. De súbito, las aguas se agitaron. La hojarasca se movió lentamente. Un pájaro cercano graznó, asustado.

Emergió una figura. Un rostro. Una presencia viva.

Un ser viviente, una especie más feroz que ninguna de las incluidas en la propia fauna asiática: el hombre...

Eran ojos penetrantes, duros, grises y fríos como trozos de pizarra, los que escudriñaron la lujuriosa frondosidad selvática. Una

luminosidad aún tenue, azulada, difusa, rompía las tinieblas últimas de la madrugada ya agonizante, sobre aquellos espesos cañaverales ribereños, la cercana fronda costera, cuajada de humedad, sobre un terreno blando, a veces cubierto de agua turbia, a veces fangoso y a veces, incluso, empantanado, peligrosamente viscoso, capaz de absorber a un hombre o a un animal, si el pantano era movedizo.

Los arrozales estaban cerca de allí, en el llano. El cielo tenía ese lívido azul matinal, salpicado de blancuzcas, lechosas o agrisadas nubes húmedas, de aquellas que daban a las costas indochinas su tremenda carga de bochorno, de pegajosa humedad insoportable para el hombre occidental.

Las ropas del hombre furtivo aparecían empapadas, adheridas a su cuerpo. En parte por el agua a través de la cual se había movido, agazapado en los cañaverales y en parte también por lo pegajoso mismo del clima. Una grasa oscura embadurnaba sus manos, brazos y rostro totalmente. Gracias a aquella protección podía combatir la ferocidad inquisitiva y muchas veces ponzoñosa, de los mosquitos e insectos que infectaban las junglas asiáticas, lo mismo en Vietnam que en Laos o Camboya.

Se movió entre los cimbreados juncos que emergían del pantanoso arroyuelo. Sus movimientos eran tan sutiles, silenciosos y felinos, que a veces producía la sensación de constituir una parte misma del paisaje, agitándose como una planta más, confundido entre hojarasca, tallos y brotes de verdes y de pálidos amarillos casi cremosos.

En la distancia, se percibió el ronroneo ominoso de los motores de aviación. El agudo y sensible oído del solitario de la jungla indochina cerca del litoral camboyano, captó su naturaleza inmediatamente. Eran los

B-52

de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas en el Sudeste asiático. Los discutidos bombardeos militares en la guerra vietnamita, extendida súbitamente a Laos, Camboya... y sólo Dios sabía a qué otros puntos de Asia en un inmediato futuro.

Estaban lejos. Y se perdían en la distancia, más allá posiblemente de las cercanías de Pnom Pehn, la capital camboyana. Su misión podía ser de reconocimiento, de protección a las fuerzas de tierra, o de bombardeo de blancos estratégicos enemigos.

El hombre de la jungla respiró hondo, continuando en sus sigilosos, furtivos movimientos, que ni siquiera llegaban a producir en la hojarasca y arbustos más ruido del que por sí misma causaba la matinal brisa del golfo de Siam, al agitarlas suavemente.

No le gustaba aquella guerra. A nadie le gustaba realmente. Sólo unos pocos la defendían y algunos de ellos por propios intereses o egoístas razones políticas. Las guerras eran siempre odiosas. Unas veces resultaban necesarias. Otras, no tanto...

Su mente apartó automáticamente de sí la idea obsesiva y molesta de la guerra, con su vecindad ominosa, preocupante. Sí, él estaba en zona bélica, en una peligrosísima región considerada como objetivo militar por ambos bandos. Si era sorprendido allí por los camboyanos rebeldes, por alguna patrulla del Vietcong o por cualquier otra fuerza militar dependiente de Hanoi en alguna forma, le considerarían un espía y sería ejecutado en el acto. Si era una expedición norteamericana la que daba con él, le creería un desertor o un responsable de traición y su suerte no sería mucho mejor que en manos de los guerrilleros norvietnamitas. No, no era nada envidiable su actual posición en el territorio azotado por el huracán despiadado de la guerra.

El Sudeste de Asia era todo él un volcán en erupción.

Y él estaba pisando la lava ardiente, con el riesgo de quemarse mortalmente en cualquier momento.

Pese a ello, siguió adelante. Tenía que hacerlo, aunque no le gustase. Sus problemas no se relacionaban con aquella guerra sangrienta en Indochina, sino de un modo muy indirecto. Pero eso, ¿quién se lo decía a unos u otros? Y, sobre todo, ¿cómo se le persuadía de ello a cualquiera de los bandos combatientes?

Sería mejor que no le sorprendieran. Que nadie diera con él. Sí, sería mucho mejor. Al menos, hasta haber cumplido su parte en aquella misión. Estaba en su etapa final. Sentía la proximidad del desenlace. La naturaleza de éste, dependía de él en gran parte. Y de su solapado enemigo también, por supuesto.

E, incluso, dependía de los combatientes de Vietnam y Camboya. En una forma indirecta, pero tremendamente amenazadora en sí.

Se detuvo de repente. Dejó de pensar en todo lo superfluo y accesorio. En sí mismo, en la guerra camboyana, en el peligro personal. Dejó de pensar en todo lo que no fuese aquello que estaba

viendo con sus propios ojos.

La pagoda.

La pagoda, emergiendo en la selva. Mejor dicho, las ruinas de la pagoda. Lo que quedaba de una vieja, antiquísima pagoda. La de Surat Nang, exactamente.

Contempló las techumbres superpuestas, pintorescas, típicamente orientales. Algunas de ellas medio derruidas. No sabía si por el tiempo, el abandono o las armas bélicas de esta guerra y de la anterior, la mundial. Desde entonces, la pagoda de Surat Nang, en el sur de Camboya, había dejado de prestar sus servicios al culto. Otra pagoda de igual nombre, más insignificante, pero menos antigua y menos tradicional por tanto, se había levantado al noroeste del territorio camboyano, cerca ya de la frontera tailandesa.

Pero a él no le importaba aquélla, sino ésta. La vieja, la olvidada, la ruinosa pagoda camboyana de Surat Nang.

Había llegado a su destino. Finalmente lo había conseguido, pese a todo. Ahora, estaba por ver lo que sucedería allí...

Avanzó agazapado entre los cañaverales. Cruzó el cauce del arroyo, con agua hasta la rodilla. Alcanzó el lado opuesto, se movió como un reptil, entre la espesura. Y salió al leve claro que, como un círculo límpido, rodeaba las minas de la pagoda. Se detuvo. Hundió la mano en su empapada camisa. Extrajo una poderosa automática «*Walther PPK*» calibre 38, punto de mira especial, cañón de seis pulgadas y culata prolongable. Un arma contundente y temible en manos que supieran manejarla debidamente. Aquellas manos nervudas, duras y fuertes, era obvio que sabían hacerlo.

Se movió hacia las ruinas de la pagoda, bordeando el claro hasta un punto donde éste era más corto y discurría entre viejas piedras y restos abatidos de las techumbres maltrechas de los tejados de la pagoda. Siempre pegado a cuanto pudiera cubrirle o servirle de protección, alcanzó el ruinoso templo budista.

Penetró en él por una ventana desvencijada y roía, de vidrieras desaparecidas hacía ya largo tiempo y abatidos postigos. Para alcanzarla, subióse sobre la piedra gastada de un tradicional león oriental, pintoresco y extraño, a la usanza de su arte peculiar, entre ingenuo y simbólico.

Se encontró en una amplia sala de altísima cúpula, terminada en

la cima misma del último tejado superpuesto. Al fondo la luz diurna, incipiente, caía sobre un pedestal o soporte de piedra blanca, muy gastada y polvorienta, sobre la cual, en un tiempo, debió de estar la imagen voluminosa de un Buda, tal como lo conciben los pueblos amarillos, lejos de la estilización de los hindúes, al representarlo en el Nirvana.

Ahora no había nada. Sólo telarañas, polvo, abandono por doquier. Algunos lagartos pequeños reptaron, asustados, desapareciendo en los intersticios de las viejas piedras. Dudó el hombre de raza occidental, rostro embadurnado de grasa contra los insectos y ropas mojadas por el agua del arroyo y la humedad del ambiente selvático. Parecía como si se hubiera equivocado de lugar. Pero él sabía que no. No había error alguno. Era allí, en la olvidada y solitaria pagoda de Surat Nang.

Se inclinó, levantando su pantalón empapado y fangoso. Lo subió hasta cerca de la rodilla, pese a ser ajustado, rasgándolo lateralmente. Apareció una banda adhesiva en torno a su pierna, bajo la rodilla. Era de una anchura aproximada de tres o cuatro pulgadas. Al arrancarla, salió con ella una pieza metálica, plana como la cadena de acero de un reloj. Y de forma curvada, fácil de adaptar a la pierna.

Era rígido, no flexible. Lo empuñó como se esgrime un arma. Pulsó una especie de resorte o botón situado atrás. El arco metálico zumbó, brillando una luz fosforescente, anaranjada, en su extremo, con parpadeo intermitente.

El visitante de la olvidada pagoda, sonrió duramente. Giró el cuerpo, moviendo la metálica pieza. El parpadeo luminoso se alteró en una ocasión. El leve zumbido que emitía el ingenio, se hizo más intenso. El se detuvo en seco. Siguió apuntando en esa dirección. Avanzó, decidido.

—Ya lo encontré —musitó—. Era como yo imaginaba...

El zumbido y el parpadeo crecían por momentos. Hubo mi momento en que se hizo intensísimo. Al seguir adelante, decreció. El hombre de la jungla se detuvo. Regresó atrás. Volvió a intensificarse la reacción del ingenio.

—Es aquí —dijo. Y contempló la blanca piedra gastada, que fuera pedestal de Buda.

Detuvo el sistema detector. Dejó a un lado el arco metálico. Ya

no era necesario. Había hallado lo que fue a buscar a Camboya. Contempló la piedra blanca. Trató de moverla. Fue en vano. Cuantas veces puso su esfuerzo en el intento, fracasó. Parecía fuertemente ajustada al suelo de piedra de la pagoda.

Pero él sabía que no era así. Algo debía moverla, posiblemente un sistema interior especial, un engranaje debidamente accionado, acaso un método electromagnético. No tenía tiempo de buscarlo. Quizá perdería horas tratando de hallarlo.

Era urgente mover la piedra blanca. El día avanzaba de prisa. A los peligros naturales de la jungla, cercana al teatro de operaciones de los ejércitos norteamericano y vietnamita, se unía la posibilidad de que las personas directamente interesadas en que el secreto no fuera desvelado por él, pudieran llegar a tiempo de evitarlo. Y, a la vez, a tiempo de cogerle a él en un posible cepo mortal.

Actuó con celeridad. Se inclinó sobre la piedra blanca, inamovible. Se dispuso a manipularla a su modo. Rápida y eficazmente.

De nuevo sus sorprendentes recursos, dispersos por todo su cuerpo, pese a lo escaso de su indumentaria para moverse por el difícil terreno de la jungla pantanosa, le permitieron hallar el medio de conseguir el objetivo urgente propuesto.

Se despojó de una de sus botas. La giró, presionando el tacón en sentido giratorio. Ello permitió que éste emitiera un chasquido, abriéndose como una caja de resorte. Apareció en su interior un frasco pequeño, metálico, entre algodones y suaves muelles. Lo extrajo. Juntamente con el frasco, iba allí una varilla también metálica, provista de una especie de cuentagotas. Con ella succionó parte del contenido del frasquito. Luego, derramó esas gotas en las ranuras de la vieja piedra blanca, en su soporte, lateralmente, procurando que se filtrasen bajo el bloque. Hizo esa operación tres veces, introduciendo la varilla de metal y extrayendo líquido del frasquito. Una vez terminado, cerró éste. Lo guardó de nuevo en su bota, cerrando el tacón, se calzó y dispuso junto a la piedra un pequeño objeto de forma circular, con apariencia inofensiva, cuyo color se confundía con las piedras del suelo de la pagoda, polvoriento y agrietado.

Ese diminuto disco quedó adherido a la piedra en su base, no lejos de donde derramara las últimas gotas de líquido del frasquito.

Luego, se retiró rápidamente, corriendo agazapado hacia la salida de la pagoda.

Allí se paró en seco, justamente en el umbral. No podía hacer otra cosa. Su mano, armada con la «*Walther PPK*», ni siquiera se alzó. Hubiera significado la muerte cierta.

Los tres hombres armados de fusiles ametralladores de moderno modelo, le cerraban toda posible salida. Estaban encarados a él. Apuntándole directamente a la cabeza y el cuerpo. Dispuestos a oprimir el gatillo en cualquier momento.

El que se hallaba en el centro, era de raza blanca, cráneo rapado, ropas color pardo y verde, para confundirse con la selva y unas gafas totalmente negras, redondas, hacían impenetrables sus ojos. A ambos lados, le acompañaban dos orientales, vietnamitas posiblemente, apoyando su acción.

—Bien... —sonrió el hombre de las gafas negras—. Volvimos a encontrarnos...

—Sí, Renko —habló el hombre de la pagoda con un suspiro—. Volvimos a encontrarnos. —Tire el arma. Con cuidado, o le volaré la cabeza.

Obedeció. La «*Walther PPK*», cayó blandamente a sus pies, sobre la hierba. El llamado Renko sonrió con dureza.

—Así quería tenerle —dijo fríamente—. Gané la partida, Shell Duncan, agente especial del FBI, ha sido vencido por Renko Scharff... Todo un acontecimiento, Duncan...

Shell no respondió.

* * *

—Tengan cuidado con él —continuó la voz de Renko Scharff—. Es un hombre peligroso. Su organización es peligrosa. Y él, dentro de ella, es uno de los más difíciles enemigos.

—Gracias, Renko. Es usted muy amable conmigo —sonrió a su vez Shell duramente.

—Sólo trato de ser justo —la mueca de los labios crueles del hombre de negras gafas se distendió como la mueca de una carátula, herida por la lívida luz primera del día, de un azul espectral y extraño—. Y creo que lo soy. Shell Duncan es el mejor agente con que cuenta el FBI en sus filas. Y los hay muy buenos...

Me congratulo de tenerle en mi poder... y a punto de morir.

—No esté tan seguro de eso. Renko —Shell mantuvo duro y hermético su gesto—. No estoy muerto aún.

—Pero lo estará pronto. Muy pronto.

—Posiblemente usted también.

—Tonterías —rechazó Renko, sardónico—. Soy quien mantiene ahora el control de la situación, ¿no se ha dado cuenta? Bastará que apriete el gatillo... y todo habrá terminado para usted.

Shell no dijo nada. En lugar de eso, miró su pulsera, bajo la ojeada malévola del hombre armado. Luego, calmoso, comentó tras una larga pausa:

—Mi reloj señala que sólo quedan unos segundos. Exactamente... sesenta.

—¿Sesenta? ¿Para qué, Duncan?

—Para que usted y yo tengamos el mismo fin. Todos, en realidad. Los cuatro vamos a morir aquí. A la vez, si no disparan antes. Después morirán los tres y yo antes que ustedes, si oprime ese gatillo. Pueden elegir. Pero la consecuencia final es la misma.

—¿Está fanfarroneando?

—Pudiera ser —rió Shell. Volvió a estudiar de soslayo su reloj sumergible—. Ya sólo son cuarenta y cinco segundos, Renko...

—Cuarenta y cinco... —Renko Scharff torció el gesto—. Podría ser un siglo. No va a ocurrir nada.

—¿Seguro? —rió Shell, burlón—. Escuche esto, Renko. Haga lo que haga, no va a librarse de la muerte. Toda la pagoda volará en pedazos en esos segundos, destrozándonos a nosotros con ella. He dejado un explosivo concentrado, a base de nitroglicerina, conectado a un fulminante automático que tarda siempre, dos minutos en actuar. Ahora ya son treinta y siete segundos, Renko...

—Está mintiendo —dijo Renko Scharff fríamente, pero arrugando el ceño, con un brillo súbito en sus ojos—. Eso no es cierto, estoy seguro...

—Es cierto. Si yo quito el fulminante, evito la explosión. Y, con ello, el fin de su depósito de nuevas armas nucleares ligeras, teledirigidas, que pueden provocar un caos atómico en el Sudeste de Asia y con él la guerra atómica, que su organización busca provocar... Lo siento, Scharff. Ya son sólo veintiocho segundos...

—Miente... —jadeó Renko, repentinamente nervioso, excitado

—. No puede hacerlo...

—Está hecho —sonrió Duncan—. Vamos a volar en poco tiempo. Primero será la piedra, luego los sistemas de seguridad, los dispositivos, las cargas... y finalmente las cabezas nucleares. Su organización se queda sin proyectiles, el lugar será un hongo atómico perfecto... y todos desapareceremos con él.

—Usted no hubiera hecho eso —el sudor hacía brillar ya el rostro de Renko, tanto como el negro vidrio de sus gafas—. No lo hubiera hecho, no... Nadie quiere morir... sacrificándose estúpidamente.

—Para serle sincero, confío en que las cargas nucleares no lleguen a explotar, gracias a su sistema de seguridad. Pero todo lo demás, al estallar, me hubiera permitido alejarme lo suficiente —se miró el reloj de pulsera, riendo suavemente—: Sólo doce segundos...

Los vietnamitas fueron los primeros en sentir terror. Se miraron entre sí, recularon, fija su vista en la pagoda, convertida repentinamente en foco de destrucción inminente. El tiempo parecía volar para todos ellos. Renko Scharff respiró hondo, con el rostro bañado en sudor. Estaba sumergido en tremendas dudas. Miraba angustiado al fondo de la pagoda. Luego, pareció tomar una determinación. Avanzó un paso. Encañonó a Shell más abiertamente.

—¡Entre, deprisa! —aulló—. ¡Corte ese contacto, anule el fulminante! A cambio..., perdono su vida, Duncan.

—¿Palabra, Renko? —sonrió Shell.

—¡Sí! —rugió el hombre de las gafas negras—. ¡Vamos, apenas hay tiempo!

El agente especial del FBI corrió al interior de la pagoda. Su voz sonó desde el interior, con viveza, tras una serie de ruidos y roces:

—¡Ya está, Renko! ¡Desconectado! Espero cumpla su palabra...

—Claro —rió el hombre de las negras gafas, risueño, enjugándose el sudor—. Le felicito, Duncan. Su decisión fue muy inteligente. Mucho...

Avanzó hasta el umbral de la puerta de la pagoda, mirando su reloj. En ese momento, faltaban sólo dos segundos, para que la amenaza del federal se hubiera cumplido. Pero ahora ya nada había que temer. Asomó a la penumbra interior, dio un brusco giro a su

brazo armado... y comenzó a barrer con la carga de su metralleta el interior del templo, rabiosamente.

Sobre el tableteo feroz, virulento, su voz sonó rotunda, agria:

—¡Así cumplo mi palabra con un cochino miembro del FBI, Duncan! —gritó.

Tras él, sus dos vietnamitas amigos sonreían felices, dispuestos a apoyar el fuego rabioso de su jefe.

Súbitamente, en el interior de la pagoda estalló una llamarada formidable, un estruendo demoledor y terrible. El templo todo se estremeció, una bocanada de fuego rugiente brotó hasta la puerta, arrastró impetuosamente a los tres hombres armados, cuyos gritos se confundieron con el rugido de las explosiones continuadas, el desmoronamiento de muros y piedras, en confuso apoteosis de destrucción.

Shell Duncan parecía haber sido absorbido por el caótico estallido de la vieja pagoda. Los cuerpos desgarrados, sangrantes e informes de Rento y sus esbirros, se abatieron en medio de hojarasca y espesura llameante, entre oleadas de denso humo oscuro...

CAPÍTULO II

TRAS EL FIN... EL PRINCIPIO

—Cielos, Shell, parece increíble...

—Sucedió así, cariño —los labios del alto, bronceado Shell Duncan, rozaron suavemente la oreja de la hermosa dama rubia, junto al centelleo de sus herraduras de diamantes colgando de los lóbulos, en un espejeo de luces digno de una noche austral—. Todo terminó entonces...

—Terminó para Renko Scharff y los demás... —Ella sonrió, entornando sus azules y limpios ojos—. Pero ¿y tú? ¿Cómo te salvaste del desastre, mi amor?

—Fácilmente —Duncan siguió deslizándose sus besos suaves por la tersa, perfumada piel de la hermosa rubia, hasta el inicio de su busto agresivo y erguido, que el profundo descote revelaba en todo su esplendor—. Lo cierto es que nunca pensé en desconectar el pequeño fulminante automático que dejé junto a las cargas de nitroglicerina concentrada y lo único que hice fue gritarle a Renko que así lo había hecho... y arrojarme a través de una ventana al exterior. Caí cerca, me lancé lo más rápidamente posible a una zanja... y sólo sufrí heridas en el cuerpo, al recibir fragmentos lanzados por la onda explosiva.

—Y ellos murieron...

—Murieron —asintió Shell, irguiéndose junto a ella, rodeando sus desnudos hombros con sus brazos y acariciando sus dedos largos, morenos tras la estancia en las selvas camboyanas, la piel de alabastro de su hermosa compatriota, sobre el elegante traje de noche, salpicado de pedrería que brillaba fulgurante al ser herida

por los astros de la límpida noche cálida y pegajosa, allá en el Club Internacional de Pnom Penh, capital de Camboya.

Alrededor suyo, los jardines eran de un verde oscuro, profundo, casi íntimo. Distante, como un tenue fondo, la músicaailable, dentro de las iluminadas salas del elegante club para extranjeros. Shell preguntó suavemente a la dama:

—¿Te preocupan acaso?

—Por supuesto que no —suspiró ella—. Pero un ser humano, una vida... siempre significa algo, ¿no crees, Shell, cariño?

—No sé —se encogió él de hombros—. Supongo que sí. Pero a veces, uno se olvida de eso. En la guerra, todos lo olvidan. En la paz..., se olvida más de lo debido. Tu marido sabe de eso...

—¿Howard?

—Sí, Howard —sonrió Duncan—. Tu querido esposo Howard McKern... Alto funcionario de los servicios de inteligencia de nuestro país, en el Sudeste de Asia. La CIA, tú lo sabes.

—LA CIA, sí... No simpatizas mucho con ella, ¿no es cierto?

—Nunca me llevé muy bien con los hombres de la agencia central de inteligencia. No estoy de acuerdo con sus métodos. Creo que lo hacen todo, menos servir al país en su auténtica misión. Se dejan controlar a veces por militaristas, por grandes financieros y gente así...

—Howard es un buen funcionario. Un hombre eficiente...

—Conforme, Stella. Tu marido es un buen funcionario. Pero aún no descubrió quién es el agente de la organización de Renko en el Sudeste de Asia.

—Dejemos eso, Shell. ¿Cómo supiste lo que iba a hacer Renko después?

—No era nada difícil. Le conocía demasiado para fiarme de él. Nunca me dejaría sobrevivir, eso era seguro.

—Pero no hubo explosión nuclear...

—No. No podía haberla.

—¿Cómo has dicho?

—Que no pudo haberla, amor. Por una razón muy sencilla, los sistemas de explosión estaban desconectados y era preciso un previo manejo de los resortes de seguridad, para que las cabezas nucleares hicieran reacción. Ello hubiera causado una auténtica hecatombe en el lugar. Y nadie hubiera salido con vida en muchas millas a la

redonda. Yo no pensé nunca en maniobrar en esos circuitos de los fulminantes nucleares. Pero Renko no podía saberlo en modo alguno. Ni yo me hubiera molestado en referírselo. No era nada conveniente, créeme.

—Te creo, Shell... Eres maravilloso. Piensas en todo. Y todo lo haces bien —musitó la dama rubia, de azules pupilas, entornando sus ojos lánguidamente. —Bueno, digamos que... casi todo —susurró suavemente Brincan, oprimiendo las manos de la dama. Y besando el lóbulo de su oreja, junto a la herradura de diamantes—. Nadie es perfecto, querida...

Ella buscó su boca. La besó. Para ser la señora de Howard McKern, funcionario de la inteligencia americana en Camboya, parecía carecer de muchos prejuicios sobre la relación con los ejemplares del sexo opuesto.

—Stella, podría venir tu esposo —comentó risueño Shell, al apartarla con cierta energía—. No iba a ser muy agradable un choque FBI-CIA.

al margen de nuestras rivalidades burocráticas y de sistema. Una mujer no es el motivo adecuado para nuevos roces con la CIA. Eso, en Washington, no iban a entenderlo. Al menos, no iban a verlo con buenos ojos en absoluto.

—Eso creo —rió ella entre dientes, con ironía. Miró a su alrededor y bostezó con cierta elegancia—. Pero Howard está ocupado hoy. Tu acción en la jungla, ha removido algo el ambiente camboyano. Creo que Howard llegará de madrugada y eso con mucha suerte. Ven, mejor será que nos vayamos de aquí. Estas fiestas sociales del Club Internacional, me resultan hartamente molestas. ¿Me acompañas, Shell?

—¿A tu casa? Howard no simpatiza demasiado conmigo. Podría pensar mal, de mi presencia en tu casa a tales horas...

—Y a lo mejor acertaba —rió de nuevo Stella Mac Kern, maliciosa—. No, no vamos a casa. Conozco un lugar maravilloso, en el sur de la ciudad. Un sitio tranquilo, alejado, poco frecuentado..., donde se toma la mejor comida oriental de Camboya. Vamos, no protestes. Tienes que venir conmigo lejos de este horrible y aburrido lugar...

Y Shell Duncan fue con ella. No hubiera sido capaz de negarle

nada a Stella.

* * *

Era, ciertamente, un apacible lugar. Tranquilo, poco frecuentado, lejano y aislado. El río Mekong corría junto a ellos. El embarcadero de juncos y *sampans*, de canoas pesqueras y de vagabundos ribereños, asomaba a las aguas turbias, perezosas y lentas. El cobertizo de cañas y hojas, era un restaurante pequeño y casi olvidado.

Estaba dividido en compartimientos o reservados, separados por paredes de juncos, pero no hubiera hecho falta tanta intimidad. En realidad, salvo ellos dos, el camarero y un cocinero, allá en la rústica cocina para mariscos y pescados de río, no había nadie más en el lugar.

La noche estaba avanzada ya. Era plena madrugada y el cielo, sobre el Mekong y el silencioso embarcadero, era estrellado y límpido. El aire, cuajado de humedad, era fresco y suave.

Stella contempló larga, fijamente, a su compañero Shell. El saboreaba el platillo de salsa picante, con pececillos dorados y arroz. El vino blanco era como oro líquido en sus copas. En un tocadiscos algo pasado de moda, sonaba apagadamente una pieza incongruente, un viejo disco de Glenn Miller.

—Shell, ¿cuándo te marchas de Camboya? —preguntó ella de repente, sin dejar de mirarle.

—Mañana —dijo él simplemente, sin levantar apenas sus ojos del plato.

—Mañana... Es muy pronto, Shell.

—Sí, muy pronto —suspiró el agente federal—. La misión terminó en este lugar. Deseo hallarme de nuevo en Estados Unidos. Además..., ahora debo iniciar unas vacaciones. Me las prometieron para esta vez. Claro que también hubo promesas anteriores, pero siempre salió algo urgente por hacer y todo se fue al garete. Espero tener más suerte, Stella.

—Shell, ¿por qué no te quedas aquí?

—¿En Camboya? Cielos, no. No estoy loco, Stella. No se me ha perdido nada en este país. Hay demasiada humedad, demasiada jungla, demasiado arroz... y nada que hacer ya.

—¿Nada? Has olvidado, según parece, al jefe de la organización, en Pnom Pehn.

—No lo olvido. Pero no es tarea mía. Tu marido puede resolver eso. Para ello le paga la CIA. ¿O no?

—Supongo que sí, Shell —musitó ella apagadamente—. Pero Howard no es como tú. No es un héroe, ni un superhombre...

—Tampoco yo soy un superhombre. Y dudo que sea un héroe. No existen esa clase de seres más que en la televisión y en las películas baratas, tenlo en cuenta.

—Sabes que te engañas a ti mismo —ella le tomó su mano, con calor—. Eres maravilloso, Shell. El mejor de los hombres. Debí haberte encontrado en mi camino antes. Ahora sería la señora Duncan, no la señora Mac Kern.

—Lo dudo —rió él—. No tengo madera de casado.

—Alguna vez te casarás, Shell. —Es posible —aceptó él, encogiéndose de hombros—. Pero aún no hallé a la mujer adecuada.

—Me encontraste a mí.

—Tú estás casada, cariño.

—No quisiera estarlo. Me gustas. Creo..., creo que te amo.

—Es tarde, Stella.

—Nunca es demasiado tarde. Shell, dime una palabra y me voy contigo. Adonde sea.

—No, Stella. No tiene sentido todo esto. Está Howard.

—Howard... ¡Creo que empiezo a odiarle! Y que nunca le amé.

—No debiste casarte, entonces.

—Son errores que se cometen, amor.

—Tal vez no sea tan grande tu error. Trata de comprender a Howard. Y si no lo consigues..., separaos los dos. Es lo mejor que puede hacerse, para tratar de rectificar.

—Rectificar... Howard no es de éstos —dijo ella, amargamente—. Nunca cedería, Shell. Nunca. Es rígido, duro como pocos. O con él..., o contra él. No hay alternativas.

—Siento no poderte ayudar, Stella. No me gusta el papel de amante, de tercer ángulo en el triángulo. No va conmigo. Soy cínico, pero no tanto.

—Shell... Al menos, seamos felices hoy. Esta noche. Luego... te diré adiós para siempre. Y cuando vea alejarse el avión donde sé que vas hacia nuestro país, para no verte ya nunca más..., pediré

que alguna vez nuestros caminos vuelvan a cruzarse. Pero ahora, Shell..., la noche es nuestra. Toda nuestra. Tuya... y mía. No me abandones. No me dejes. Tengo frío...

Se estremeció, levantóse, lanzóse en brazos de él, oprimieron sus bocas fuertemente los dos. Shell no había hecho nada por ello. Su papel era pasivo. Stella parecía arder en la llama del amor. Duncan la tomó por la barbilla, la hizo mirarle a los ojos, la besó, sin dejar de contemplar aquella mirada de mujer, tan cercana a él...

Gracias a eso, vio la muerte cara a cara. Y a tiempo.

Muy a tiempo.

Los ojos de Stella actuaron de espejos vivos, latentes, expresivos. Su propia ansiedad, su convicción en el poder de su propia sensualidad y sugestión femenina, la traicionaron. A Shell Duncan no era fácil engañarle. Y menos aún con trucos viejos como el mismo mundo y como la propia mujer y sus recursos...

Rápido, Shell se revolvió, con ella en brazos. Stella quedó interpuesta entre él y los dos asesinos de rostro oliváceo y oblicuas facciones.

Los camboyanos cayeron sobre el hermoso, turgente cuerpo de mujer de la señora McKern. Y sus afiladas, largas, silenciosas armas, enfiladas con mortal impacto hacia la espalda indefensa de Duncan, se hincaron en el cuerpo de ella, la atravesaron virtualmente, en un rojo baño de muerte y dolor.

Stella gritó roncamente, con angustia, con agonía. Contempló, desorbitados sus hermosos ojos azules, al hombre a quien creía entregado. A quien ella daba indefenso a los asesinos.

Luego, se quedó rígida, convulsa, estremecida, con dos puntas de acero asomando entre sus senos enhiestos, tras haber sido atravesada por dos veces, trágicamente.

Estupefactos, horrorizados, los dos hombres de raza oriental, el cocinero y camarero del típico restaurante ribereño, se contemplaron entre sí, tras el asesinato brutal de la hermosa americana. Reaccionaron tarde y del único modo posible.

El crimen silencioso no era posible. Bien, utilizarían el más ruidoso.

Sus manos esgrimieron las dos armas automáticas, dos pistolas negras, pavonadas, que buscaron casi con rabia el cuerpo de Shell Duncan, parapetado tras el cadáver de la bella dama rubia.

Pero Duncan no se había quedado quieto tras la muerte violenta de Stella. Su brazo derecho asomó bajo la axila del cadáver hermoso que sostenía. Lameó la «*Walther PPK*». La formidable arma del agente secreto norteamericano, estalló en dos secos taponazos, como de champaña descorchado en una fiesta increíblemente lúgubre y siniestra.

El silenciador que prolongaba feamente el cañón negro de su arma automática, silenció esos dos estampidos. Y las balas, igualmente mortíferas, alcanzaron a ambos camboyanos. Los dos se estremecieron, encogiéndose sobre sí mismos, convulsos y aturridos, sin entender aún que acababan de recibir a la muerte. La misma muerte que pensaron dar al americano que Stella Mac Kern llevara a la nocturna emboscada en el Mekong. Luego, uno de los cadáveres chapoteó en las oscuras aguas turbias, que se llevaron mansamente el cuerpo, entre manchones rojos a ramalazos. El segundo de ellos se quedó doblado sobre la borda del restaurante al borde del río. Su cabeza se hundió en el agua y sus brazos colgaron, arrastrando rojo líquido hacia la corriente.

Shell respiró hondo. Se había terminado todo. Sus enemigos estaban liquidados. Miró alrededor, arma en mano. No vio a nadie más. El silencio, la calma, se enseñoreaban de nuevo del desierto paraje. Las luces difusas del restaurante, iluminaban la escena trágica.

Dejó el cuerpo de la bella señora McKern en un asiento. La contempló, sombrío, secando de sangre sus dedos, con la misma servilleta que sirviera para la cena típicamente camboyana.

—Lo siento, preciosa —murmuró Shell fríamente—. La trampa era buena. Amor, música, una cena en el río, un idilio adúltero o poco menos... y la muerte para Shell Duncan. Siempre sospeché que conocía al jefe de la organización clandestina personalmente. Pero sólo esta noche empecé a estar seguro de que ese siniestro personaje... eras tú, cariño... Tu marido va a llevarse una fea, una desagradable sorpresa cuando lo sepa...

Luego, lentamente, caminó hacia el final del embarcadero. Solamente cuando alcanzó una cabina telefónica, en el pequeño muelle ribereño, lo utilizó para llamar a la policía militar de Pnom Pehn.

Después, inició su regreso a la capital camboyana, en el propio

automóvil de la mujer víctima de su propia trampa... El reactor sobrevoló las junglas del sur de Camboya. Quedó atrás el Mekong, surco azul turbio, entre verde frondoso y lujurioso. Shell miró abajo, desviando sus ojos de la publicación ilustrada que hojeaba.

Stella McKern no estaría contemplando el alejamiento de aquel avión, como ella pronosticara. Yacía en un féretro. Su esposo se disponía a trasladarla a Estados Unidos, para el eterno reposo. Aún estaba en la memoria de Shell el recuerdo del lívido rostro de Howard McKern, de la CIA, ante el cadáver de su esposa y las pruebas halladas entre sus documentos, de mensajes en clave y listas de agentes de la organización terrorista camboyana, de la que ella era jefe directo en la capital de Camboya.

No había ya dudas al respecto. Renko y otros como él, eran simples marionetas, movidas por los hilos de una sociedad internacional. Stella McKern era cabeza de la peligrosa célula activa, localizada en Camboya. Y ahora, McKern se enfrentaba a esa amarga realidad. Hasta un funcionario del Gobierno podía encontrarse con una traición increíble bajo el techo de su propio hogar.

Duncan dejó de mirar abajo, al verde frondoso de la selva oriental. Asia se quedaría ya muy pronto atrás. Y con Asia, un asunto resuelto. Una misión difícil encomendada por el FBI a su agente especializado en misiones secretas en el extranjero, como experto en contraespionaje, había dado fin victoriosamente.

Pero un caso terminado era, casi siempre, el principio de uno nuevo. Aunque esta vez, Shell Duncan estaba seguro de que todo iba a ser diferente. Muy diferente.

En su poder, tras el informe enviado por télex a Estados Unidos, había ahora un cable de su jefe directo en la oficina federal, con un texto esperanzador en alto grado:

«Felicidades nuevo éxito. Prometidas vacaciones a punto. Esta vez cumpliré mi palabra. Le espero en Nueva York. Saludos.

»Crosby».

Nunca se podía fiar de un hombre como Hamilton Crosby, su

jefe y amigo. Pero de cualquier modo, esta vez parecía ir en serio. Al fin gozaría de esas ansiadas fechas de descanso, prometidas tanto tiempo y tantas veces aplazadas por diversas razones.

Con esa esperanza, Shell Duncan volvía a Estados Unidos, cumplida la tarea en Camboya. Con esa esperanza y con el deseo de olvidar a una mujer llamada Stella McKern. Una mujer hermosa y rica, que pudo haber sido feliz, de no haberse mezclado en oscuras acciones políticas y delictivas. Pero cada ser humano era siempre un enigma. Un difícil, oscuro enigma, que rara vez se despejaba totalmente... o cuando se hacía, era ya demasiado tarde.

El reactor se alejó vertiginosamente en el azul. Las tierras húmedas y verdes de Camboya fueron quedándose atrás. Y, con ellas, todo lo que habían significado en un momento de la vida de Shell Duncan, agente especial del FBI.

CAPÍTULO III

EROS

Eros, Incorporated. Era el nombre. Extraño nombre para una sociedad comercial, sin duda alguna.

Luego, a la vista de sus especialidades, comenzaba a comprenderse mejor. Bastaba echar una ojeada a sus diversas publicaciones ilustradas, a todo color, que estaban dando la vuelta al mundo, tan lejos de un magazine honesto, como de la audacia equilibrada y humorística de un *play boy*, con su famoso «conejito».

Allí estaban *Love, Sexy, Glamour Hit, Mister Universe, Girls and Boys* y otras cuantas publicaciones propias de la denominación común de *Eros Inc., Publishers Department*.

Pero no sólo se dedicaban a editar revistas *sexy*, con damas y caballeros de probada belleza, en exhibicionismo editorial a toda plana y color, sino a otros negocios relacionados, de un modo u otro, con el atractivo puramente físico de ambos sexos. Entre ellos, patrocinio de concursos internacionales, *shows* y espectáculos más o menos sensacionalistas, pósters y elecciones de *misses* y de *misters* en cualquier lugar del mundo, donde el mágico nombre de *Eros Incorporated* pudiera ser exhibido con abundante publicidad en Prensa, radio y televisión.

Además de todo eso, *Eros Incorporated* poseía otra especialidad muy concreta. Y bastante menos conocida del mundo. Al menos, del mundo normal, de las gentes medias del orbe.

Eros Incorporated poseía acciones de propiedades y empresas diversas. *Eros Incorporated*, como un negocio más, acaso el más ignorado, productivo y sorprendente de todos, poseía aquel islote

espléndido, meridional, en las proximidades de las costas griegas. Antigua propiedad de un armador griego fabulosamente rico, cuya fortuna se decía que no era ajena a una gran cantidad de acciones de la *Eros Incorporated*, el islote había pasado a ser *Eros Island*, centro internacional para exhibiciones, elecciones internacionales de bellezas, espectáculos relacionados con las mismas y cosas por el estilo. En suma. *Eros Island* era una especie de emporio de la belleza, masculina o femenina, un escaparate mundial, regido por el *sexy* como potencia publicitaria y económica de primer.

Todo eso, sin embargo, era sólo la envoltura en brillante celofana, la apariencia repleta de sensacionalismos y de atractivos matices.

Su fondo oscuro era distinto. Muy distinto, en realidad.

Y de ése, muy pocas personas sabían. De ése, solamente grandes magnates de Oriente Medio o de otros puntos de lejanas geografías conocían la verdad. Una verdad cruel, vergonzosa, cobarde y repugnante. La verdad tremenda del más viejo comercio del mundo, de la esclavitud del ser humano, a un abyecto poder, que explotaba en propio beneficio las vidas humanas y su libertad y dignidad más mínimas.

Ésa era, en realidad, la gran industria de Eros Incorporated. La fabulosa y terrible fuente de ingresos de una entidad colosal, montada sobre la belleza en apariencia. Y sobre los beneficios de esa belleza, como mercancía humana simplemente, en la pura, estricta, fría y directa realidad.

* * *

Wilburn Tork miró fijamente a su cliente. Con fría expresión indiferente.

—No —dijo—. Lo siento, *sheik* Tariff. Hay pocas novedades.

—Ustedes me prometieron...

—Por favor... —El elegante, impecable, casi caballeroso Wilburn Tork alzó sus manos delgadas, con rápido ademán—. No siga, *sheik* Tariff. Sé de sobra lo que le prometimos. Pero no siempre se pueden cumplir ciertas promesas. El FBI norteamericano descubrió recientemente uno de nuestros enlaces en California. El se suicidó y no llegó a hablar. Pero un barco con una serie de hermosas damas

se perdió para siempre en nuestro negocio. Las hallaron en la bodega, bajo los efectos de la droga. Hemos perdido al menos dos millones de dólares en esa acción federal. Y se ha retrasado la llegada de nuevas huéspedes de honor en nuestra isla maravillosa. Deberá volver en breve, *sheik* Tariff. Entonces le atenderemos de forma debida.

—Me disgusta este retraso, señor Tork —manifestó fríamente el magnate oriental—. Mis propiedades petrolíferas requieren toda mi atención ahora y dispongo de escaso tiempo para perderlo en viajes y visitas a su oficina.

—Le comprendo muy bien, *sheik*. No es culpa nuestra que todo suceda. Sabe que disponemos de bellas jóvenes, acogidas en nuestro palacio de la isla y puede, si lo desea, hacer un viaje conmigo, ver de nuevo a todas ellas y tal vez...

—No —cortó secamente el *sheik*—. No me interesa ninguna de ellas, señor Tork. Las vi ya en otra ocasión. Son todas bellas, que duda cabe. Pero no lo que yo deseo. Exijo mucho, usted bien lo sabe. Y como exijo, deseo ser atendido. De modo que decida usted mismo. Regreso a mi país. Avíseme cuando haya algo. No volveré, entretanto.

—Por favor, *sheik* Tariff, trate de comprender. —El tono de Wilburn Tork se hizo melifluo, afable y suave—. Usted debe comprender que no ha sido culpa nuestra, sino de las circunstancias. Pero ni siquiera la ley americana puede con una entidad como la nuestra. Seguro que vamos a salir rápidamente del trance difícil en que el FBI americana nos ha puesto. Ahora mismo, *Eros Incorporated*. a quien el Gobierno de Estados Unidos no relaciona en modo alguno con los sucesos de California, patrocina en Miami un concurso de belleza, donde asisten las más bellas jóvenes de Estados Unidos. Un ramillete maravilloso, puede estar seguro. También presentamos a Míster Adonis, la belleza masculina más importante del mundo.

—Eso me tiene sin cuidado —cortó, seco, el *sheik*—. Hablamos de mujeres.

—*Sheik*, no todos piensan igual —rió Tork, entre dientes—. Hay harenes en el desierto, donde todo tiene acogida favorable.

—Lo sé. No hablemos de ello. No me interesa en absoluto ese problema, sino el mío. Deseo algo nuevo para mi harén. Confío en

ustedes. O buscaré a otros mercaderes.

—Ésos sólo le ofrecerán medianías. Vea nuestras futuras bellezas de Miami Beach y juzgue, *sheik* Tariff.

Extrajo de un archivador un manojo de grandes fotografías en color. Las brillantes cartulinas pasaron a manos del magnate árabe. Éste las fue contemplando, indiferente, inexpresivo.

—No están mal —admitió—. Pero no hay ninguna excepción aquí. Todas chicas bellas, atractivas. Sin embargo, no...

Se detuvo. Absorto. Con ojos muy abiertos. Fija su mirada en la fotografía que acababa de surgir ante él. La alzó. Contempló, atónito, aquella belleza en bikini, espléndida de formas, sugestiva de rostro, joven y bellísima.

—¿Qué le ocurre, *sheik* Tariff? —preguntó risueñamente Tork, con cierta ironía.

—Ella... ella es diferente —jadeó el árabe—. Ella sí es excepcional...

Estudiaba con absorta expresión aquella figura envidiable, alta, estilizada, hermosa y radiante, de roja melena llameante, de grandes y fascinantes ojos verdes, de seno firme y erguido, de breve cintura, de suaves y bien torneadas caderas, de largas piernas bien dibujadas, de muslo escultural, de esbelta pantorrilla...

—¿Le gusta? —sonrió Tork, estudiando la fotografía.

—Me entusiasma —replicó el árabe, incisivo—. ¿Quién es ella?

—La que tiene más posibilidades de ser nombrada ganadora del concurso de Miami Beach. La favorita. Una bella joven americana, modelo de profesión. Honesta, sensitiva, hermosa...

—¿Quién es ella?

—Lesley Weld.

—La deseo. La quiero a ella. Solamente a ella, señor Tork.

—Bien, pero si gana el título, es posible que resulte difícil y...

—No me importa nada Ella o nadie. —Tiró las fotografías sobre la mesa— Solamente ella, ¿entiende? Sin excusas.

—Tal vez sea complicado. Y por ello, muy caro.

—No pongo límite al precio. La exijo a ella. A esa muchacha solamente Tengan el precio que sea. Hagan lo que sea. Pero que no sea otra. Es mi última palabra. Hasta pronto, señor Tork.

—Hasta pronto, *sheik* Tariff —le acompañó hasta la salida—. Haremos lo imposible. Venga a *Eros Island* dentro de un mes. Ella

estará aquí. Palabra. Cueste lo que cueste.

—Eso es. Cueste lo que cueste. Recuerde que no reparo en el precio.

Y salió, cerrando con firmeza la puerta.

Wilburn Tork, jefe de la sección de personal de *Eros Island*, se encaminó pensativo a un télex que aparecía en un rincón de su oficina. Comenzó a transmitir un mensaje. En clave. Su destino era Miami Beach, Estados Unidos de América.

El punto de origen, una pequeña ciudad griega, en la costa oriental del país, frente a las mil islas del mar Egeo. No lejos de un islote pequeño, lujurioso y paradisíaco, llamado isla de Eros. Una nueva isla de Eros, centro de un negocio siniestro y productivo. Donde hombres como el *sheik* Tariff, de un país árabe rico en yacimientos de petróleo, buscaban sus placeres, pagados a alto precio. Y contra la voluntad de mujeres conducidas a la fuerza a aquel paradisíaco lugar del Egeo y allí mantenidas bajo la acción de drogas apropiadas, en una esclavitud abyecta, cuyo final era siempre vergonzoso... cuando no era la misma muerte.

Ahora, nuevos beneficios dependían de una exhibición de bellezas en Florida. Y de todos esos beneficios, el más alto correspondería a lo que el caprichoso magnate de Oriente Medio pagase por la hermosa pelirroja llamada Lesley Weld.

Eros Incorporated se ocuparía de que todo resultara conforme a sus conveniencias comerciales.

Las víctimas, bellas muchachas en el escaparate lujurioso de Miami Beach, exhibirían sus físicos encantos, bien ajenas a que su título era un pasaje directo al miedo, a la esclavitud y a la vergüenza de un destino terrible. O a la muerte.

De todas ellas, ninguna tan en peligro como Lesley Weld, la hermosa favorita del certamen de bellas damas. Porque para *Eros Incorporated*, la joven del pelo rojo era una inversión formidable, un talón al portador, por muchos ceros tras la cifra inicial... y suscrita en dólares por uno de los hombres más ricos de Oriente Medio.

Shell Duncan contempló el magazine de brillante portada. Estudió con indiferencia la franja azul que marcaba, en un ángulo de la cubierta.

«Es una publicación de Eros Incorporated.»

Especial del concurso de belleza de Miami Beach».

Luego estudió lo más importante de aquella portada. La espléndida fotografía a todo color, con una *pin-up* de primerísima fila. Rojos cabellos, ojos verdes, figura espléndida, curvas magnificas, esbeltez y gracia.

«Miss Miami Beach. Lesley Weld, ganadora del certamen».

Ésa era ella. Joven, muy joven. Hermosísima, bien formada. Un sueño en lo físico. Como ocurre siempre en tales cosas, pensó Shell. Y dejó la revista a un lado, con un leve suspiro.

Entre otras muchas cosas él era experto en bellezas. Y estaba convencido de que, por una vez, la ganadora del certamen se ajustaba a los más exigentes deseos de un espectador imparcial. Aquella criatura era una maravilla, al menos en lo relativo a su anatomía.

Pero Shell solamente contemplaba los encantos físicos de las mujeres como algo digno de admirar y de adorar. Necesitaba conocer realmente a una mujer para juzgar si su atractivo puramente material estaba de acuerdo con su condición femenina, sus virtudes y su inteligencia. Quizá por eso, la vida de un hombre como él, errante por el mundo, recorriendo los más diversas geografías, estaba plagada de flirts y de romances, de pasiones fugaces, de amores de un día, que jamás dejaban huella en él.

Porque la mayoría de las veces, las mujeres que encontró en su camino eran solamente eso que podía verse en la cubierta brillante de una revista de belleza: un hermoso cuerpo, una envoltura envidiable, para algo que no poseía profundidad ni valía la pena. O para envolver a un monstruo de maldad como Stella McKern, aquella hermosa mujer muerta en Camboya, víctima de sus propias malas artes.

—¿Pensativo, Shell?

Se incorporó. Respetuoso, miró a Hamilton Crosby, del Departamento de Seguridad Nacional de la Oficina Federal de

Investigación.

—Un poco, señor —sonrió.

—¿Pensando en sus vacaciones... o en eso? —Y señaló a la revista gráfica, significativamente.

—Un poco en cada cosa —rió Shell Duncan de buena gana—. La vida amable no se entiende sin descanso y sin chicas bonitas.

—Descanso tiene usted poco habitualmente, lo admito —gruñó Crosby—. Pero chicas bonitas... Creo que ningún agente federal tiene su historial en ese sentido, Shell.

—Es diferente. Uno establece relaciones con mujeres que muchas veces son clave en un caso difícil. Forman parte del trabajo, por agradable que resulte ese lado de la tarea.

—Entiendo. Quiere disfrutar realmente de sus vacaciones. A ser posible, con una damita como ésa.

—No será fácil dar con algo así —comentó Shell, irónico—. Es *miss* Miami Beach. Una belleza americana, rumbo a competencias internacionales. Las bellezas no abundan por ahí.

—Pues usted tiene olfato para encontrarlas, Shell... —rió el inspector Crosby risueño.

—Sencillamente suerte. Eso es lo que tengo, buena suerte —convino Duncan. Miró pensativo a su jefe. No le gustaba cuando se ponía demasiado amable. Casi siempre significaba que había algo en perspectiva. Algo que malograra su bien ganado descanso. Indagó, preocupado: «Supongo... supongo que no habrá problemas ahora con mis vacaciones, ¿no, señor?».

—Oh, en absoluto. —El inspector hizo un gesto amplio de cordialidad— ¿Como pudo pensar eso, Shell?

—¿Qué quería que pensara señor?

—Bueno, admito que muchas veces se complicaron las cosas, pero eso no sucede siempre. —El federal extrajo algo de su bolsillo—. Aquí tiene un sobre con su paga especial por los últimos servicios prestados. Hay una gratificación especial en metálico de parte del Gobierno camboyano, que le expresa así su gratitud personal. Acéptelo, Duncan. Lo hacen de buena fe. Por otro lado, tiene carta blanca para hacer lo que quiera. No le veremos por aquí en un mes entero Esa es la duración de sus vacaciones, muchacho. Le deseo lo mejor en ese tiempo. —Gracias, señor. Lo procuraré con todas mis fuerzas. —Guardó el sobre y estrechó con calor la mano

de su jefe. Todo aquello le parecía tan increíble, que aún temía que Crosby se volviera atrás y todo quedara en promesas.

—Esa revista no está ahí casualmente, Shell —comentó Crosby, tomando pensativo la publicación que dejara Duncan en la mesa de su oficina—. Si no se fuese de vacaciones ahora y supongo que con toda la prisa posible, le hablaría de ello. Pero no vale la pena. No es asunto de nuestra división.

—Entonces, no me lo diga —se apresuró a decir Shell, más preocupado que nunca—. Ya hablaremos de ello cuando nos veamos, si aún es ocasión.

—Posiblemente lo sea. Es un asunto viejo como el mundo. Viene del pasado y seguirá existiendo en el futuro, no le queda duda, Shell.

—¿A qué se refiere? —No pudo evitar Duncan, pese a todo, su pregunta llena de viva curiosidad.

—A la trata de blancas, amigo mío —suspiró Hamilton Crosby.

—Trata de blancas. —Shell, tomando su sobretodo y sombrero flexible, contempló pensativo la

pin-up

de la cubierta—. Entiendo.

—No, no es fácil entenderlo. Cuando usted estaba en Camboya, Shell, mi colega, el inspector Warren, de la división de trata de blancas, logró un gran éxito en California. Rescató a veinte muchachas, prisioneras de los traficantes de seres humanos. Es una victoria sólo parcial. Un triunfo indudable, pero incompleto. El responsable principal se suicidó. No supimos más. Sus compinches estaban a sueldo de él. La correspondencia se había destruido totalmente sin posibilidad de que nuestros laboratorios pudieran rehacerla. Pensaron en todo, evidentemente. Y ahí terminó la pista.

—Ya. —Shell, desconfiado aún, pero con su profesional interés al rojo vivo, seguía parado en la entrada—. ¿Y las veinte chicas? ¿Dónde estaban?

—En la bodega de una embarcación de cabotaje a punto de hacerse a la mar. Su capitán, un tipo con antecedentes, nada sabía. El suicida fue quien le contrató. Nada más se supo, pero no eran ellas las primeras en ser reclutadas y drogadas para conducir las a alguna parte. El tipo de a bordo tenía la orden de depositarlas en El Pireo. Allí, alguien se haría cargo, posiblemente en una canoa

motora de gran capacidad, de la carga femenina. Eso era todo.

—¿Y la relación con esa publicación? —señaló Shell a la revista en color.

—Bueno, *Sexy* es una revista de *Eros Incorporated*, una editora especializada en el género, con oficinas en Nueva York, Londres Roma y otros sitios. Una cadena editorial de importancia. Casualmente, organiza los concursos de belleza. Como ese de Miami Beach donde ganó el ejemplar de muchacha que usted ha admirado. Bien. Pues en California, *Eros Inc.* fue patrocinador también del concurso cuyas bellezas fueron raptadas. Aunque en honor a la verdad, debo confesar que nadie de esa sociedad parece mezclado ni de lejos en el asunto y que el suicida que parece único responsable por ahora del caso, era un agente artístico con relación en la televisión y el cine de Los Ángeles. De modo que *Eros Inc.* queda fuera de sospechas... oficialmente, claro.

—Ya. Pero no en su fuero interno, inspector Crosby.

—Es un caso que pertenece a Warren ya se lo dije —suspiró Crosby—. Sólo que la trata de blancas, cuando las secuestradas son ciudadanas americanas, puede afectar a nuestra división. Y trato de ayudar a mi colega, eso es todo. Por ello le dije que la presencia de esa publicación en mi oficina no era casual.

—De todos modos, no puedo ayudarle en eso. Le prometo hacerlo dentro de un mes —rió Shell, con un gesto burlón, saliendo del despacho—. Hasta entonces, inspector Crosby.

—Adiós, Shell —dijo tristemente el inspector—. Y buena suerte.

Cuando Duncan descendía en el ascensor del edificio federal en Nueva York, estaba convencido de que su jefe se había quedado con las ganas de estropearle una vez más las vacaciones. Vacaciones de las que seguiría sin estar totalmente seguro hasta verse a bordo del *Luxury*, el barco en el que había sacado pasaje aquel mismo día, rumbo a Europa, para pasar en el transatlántico de lujo una travesía de placer, de reposo, de auténtico relax y luego vivir en Europa unas semanas placenteras, terminando con el retomo por vía aérea a Estados Unidos.

Ésos eran sus planes. Y esos planes iban a verse convertidos en realidad si no ocurría un desastre solamente unas horas más tarde, esa misma noche, cuando el *Luxury* abandonase el puerto de Nueva York rumbo a Europa.

Resultaba extraño que Hamilton Crosby hubiera hablado del caso de las bellezas secuestradas. Y más raro aún que hubiera dejado la publicación allí, como un anzuelo dorado para un hombre tan débil a los encantos femeninos como era Shell Duncan.

Extraño... e inquietante.

Shell había olfateado la trampa a distancia. Y había procurado apresurarse lo más posible, para impedir que su jefe terminara por rogarle un nuevo aplazamiento en sus merecidas fechas de descanso.

Aún le parecía mentira haberlo logrado tan fácilmente. Pero seguía sin sentirse totalmente seguro de sí. Seguía sin verse fuera peligro.

Esa noche posiblemente todo fuera distinto. Posiblemente...

Al menos, así lo deseaba. Y así lo esperaba.

CAPÍTULO IV

ENCUENTRO

Lesley Weld se sentía feliz.

Muy feliz, en realidad. Quizá el día más feliz de su vida había sido aquél en que recibió su título de *miss* Miami Beach. Y a partir de entonces, todo eran motivos de satisfacción, de entusiasmo, de alegría y de esperanzas. De las mejores y más doradas esperanzas del mundo.

Para una muchacha como ella, que comenzó de mecanógrafa y estenotipista en unas importantes oficinas y siguió de *cover girl* tras una oferta surgida en una convención de mecanógrafas neoyorquinas en Miami, esta oportunidad de hacerse famosa, primero en Florida —y en el país todo, por ende— y posteriormente acaso en el mundo, si lograba alcanzar el dorado sueño de llegar a ser *miss* belleza mundial, bajo el patrocinio siempre de *Eros Incorporated*, aquello constituía un auténtico milagro. El prodigio eterno de Cenicienta, hecho realidad otra vez. Un cuento de hadas transformado en algo tangible, para una modesta y bella muchacha de Nueva York.

Ahora, aquel viaje maravilloso, con otras bellezas como ella, finalistas o damas de honor en el triunfal *show* de la belleza femenina de Miami Beach, volvía a ser motivo de felicidad, de júbilo, de intensa y humana alegría.

Iba a conocer Europa. Iba a verse con las bellezas europeas, en Londres y de todo eso surgiría el decisivo desfile de hermosas muchachas que, en algún lugar europeo, daría el título soñado a una de ellas. Posiblemente a otra muchacha con sus mismos sueños

y anhelos, Lesley no podía sentirse segura de nada. Pero tenía ilusiones, tenía fe, tenía confianza en sí misma. Lo demás, era todo desconocido aún. Lo demás estaba por llegar. Sólo esperaba que el color rosa siguiera presidiendo los acontecimientos de su vida.

Y con esa idea en su mente, la hermosa criatura, la joven alta, esbelta y arrogante todo atractivo y belleza, que era Lesley Weld, subió aquella noche en Nueva York, la pasarela tendida hacia la cubierta bien iluminada del transatlántico *Luxury*, que en breve llevaría anclas, para dirigirse a Londres, en su travesía América-Europa.

Ello sucedía apenas unos minutos después de que otra persona cruzara esa misma pasarela. Una persona que había visto el bello físico de Lesley en la portada brillante de una publicación, sin esperar ni de lejos poderse cruzar con ella directamente.

Esa otra persona era Shell Duncan, agente especial del FBI, que iniciaba sus vacaciones soñadas, con un viaje hacia Europa.

Shell se encontró con Lesley en el bar de a bordo. En el de primera clase. Cuando la noche no había hecho sino empezar y el transatlántico iniciaba su larga y perezosa travesía marítima hacia Europa.

Ambos se contemplaron un instante. Súbitamente. Bruscamente. Como sorprendidos.

Shell la reconoció en el acto. Por su mente pasó, como un fulgor, una sospecha remota y sutil. Pensó en Hamilton Crosby, en sus argucias, en su tremendo y diabólico sentido de la estrategia.

Lesley Weld a bordo. Lesley Weld, *miss* Miami Beach, en el *Luxury*. El en el *Luxury*. Ambos, unidos por el destino. ¿Por el destino?

Era extraño eso. Extraño, tal vez no. Sospechoso. Inquietante. Sobre todo, recordando que había sido él en persona, el propio Hamilton Crosby quien, el día antes le sugiriera aquel viaje «*maravilloso, apacible, casi idílico, a bordo de un navío de lujo y subvencionado todo por el propio FBI en reconocimiento a sus méritos y servicios, a su gran lealtad a la organización*».

Ahora, todo eso cobraba sentido. Demasiado sentido, incluso. Lesley Weld... y él. No, no era casualidad. No era el destino. A no ser que el destino hubiera nacido en Nueva York, hacía cincuenta y cuatro años y se llamase, justamente, Hamilton Crosby. De

profesión, inspector especial del FBI.

Era una trampa. Un cepo. Una maldita trampa. Un sucio cepo.

Pero Lesley Weld, pelirroja, esbelta, de pantorrillas maravillosas, de cuerpo escultural, de sonrisa algo estereotipada, acaso por el oficio, acaso por lo reciente de su título, estaba allí. Frente a él. Tomando un combinado en el bar. Cruzada de piernas. Exhibiendo su tipo con una breve falda a la moda y el *Luxury* había dejado ya atrás Nueva York. El *Luxury* navegaba por el Atlántico, hacia Europa.

Ya no era momento de volverse atrás. Debía quedarse. Y si eso sucedía hasta Londres y el maquiavelismo perverso y minucioso de Crosby había calculado aquel encuentro a bordo, ¿por que no sacar de toda la situación el mayor provecho?

«Sí, ¿por qué no?», se dijo a si mismo a medio tono, entre dientes.

Y se puso en pie Fue hacia ella. Se sentó a su lado, en otra alta banqueta del bar de primera clase.

Indagó, cortés con su mejor sonrisa:

—¿Miss Miami Beach por casualidad?

Ella enarcó las cejas. Si le halagó la pregunta, no lo demostró. Más bien plegó su sonrisa fácil en un gesto instintivo de alerta. Se puso en guardia. Le miró fijamente. Respondió, muy despacio:

—No. No por casualidad, señor. Soy Lesley Weld. Un jurado eligió. Eso es todo.

—Perdón. No me expresé bien. —Shell sonrió ante lo rápido de aquella réplica. Contempló, intrigado, los verdes ojos. La anatomía magnífica de la *miss* era demasiado evidente. El quería ver más allá. Más adentro, en suma. En ella misma, no en su bella maniquí aparente, en el físico explotado comercialmente por los mercaderes de la belleza femenina. Añadió, suave su tono—: La he visto en una portada de magazine. Dudaba si era usted misma. Creo que la fotografía de esa publicación no le hizo el suficiente honor, pese a ser tan excelente. Al natural, gana mucho.

—Gracias. Recordando esa fotografía, pienso que me halaga. He pensado siempre que el fotógrafo puso mucho de su parte en el resultado.

—Se equivoca. No fue así. Soy imparcial en ello. No la conocía a usted. Ni conozco a su fotógrafo. Pero ha superado en mucho la

obra impresa. Tiene mi palabra, la crea o no.

—Tendré que creerla —rió ella, suavemente—. Y ojalá Doc Wallace no le oiga eso jamás.

—¿Doc Wallace? ¿Quién es él?

—El fotógrafo. —Ella puso un gesto burlón—. Cuando vea a bordo a un tipo larguirucho y rubio, que fotografía a todo el mundo y a cuanto ve que le parezca hermoso, ése será Doc Wallace. Viaja en este barco, con algunas de nosotras, conmigo, con mis damas de honor... y con *Míster Apolo*.

—¿*Míster Apolo* ha dicho?

—Sí. —Ella hizo un rápido gesto de silencio—. No hable muy alto. Ni se vuelva con demasiado descaro... Acaba de entrar en el bar. Es ese Tarzán impresionante que viene hacia acá... Ganó el título al hombre más hermoso de Miami Beach. No sólo las mujeres nos exhibimos, señor...

—Duncan —dijo él—. Shell Duncan.

Y miró de reojo al recién llegado. Ciertamente, merecía ser *Míster Apolo*, o lo que fuese, hasta *Míster Universo* en persona. Alto, atlético, anchos hombros de titán, cintura breve. Rubio, arrogante, joven, hermoso... y estúpido. Todos los jóvenes así, a juicio de Shell, eran estúpidos. Vestía con poca elegancia, exhibiendo su arrogancia viril. Debajo del tejido, todo eran músculos. Todo. De lo demás, incluido cerebro, Shell dudaba que hubiera en aquel arrogante ejemplar de varón atlético.

—Quizá se llame Johnny Smith —señaló ella—. Pero ahora, con su flamante título, dice que su nombre auténtico es Johnny Adonis. Absurdo, ¿no?

—Posiblemente, sí —rió Shell entre dientes.

Empezaba a divertirse ella. Ciertamente, Lesley Weld podía ser *Miss Miami Beach*. Una belleza electa. Pero tenía cerebro. Y sentido del humor. Yo era sólo sexo y físico. Eso le gustaba. Porque Lesley, si era algo más que un hermoso celofán de envoltura, podía gustar a cualquier hombre. Incluso rabiosamente.

Johnny Adonis, o como quiera que se llamase en realidad el hercúleo *Míster Apolo*, se acomodó al final del mostrador, con estúpido gesto de profesional *play boy*. Las damas, sobre todo las de edad madura, le contemplaban con admiración, embobadas por la potencia de sus músculos. Y él lo sabía.

Se desentendió pronto del hermoso ejemplar masculino que exhibía su físico por el barco. Lesley Weld se bastaba para eclipsar muchas cosas. Tenía encanto, fascinación, cierta mezcla sorprendente de ingenuidad, dulzura y picardía. Acaso la justa combinación, como el cóctel que le sirviera el barman.

—¿Va a Europa por primera vez? —preguntó Shell entre dientes.

—Sí. —Ella le miró curiosa—. ¿Usted también?

—Oh, no, no —negó Duncan—. He viajado muchas veces. Conozco todo el mundo.

—¿Cuál es su profesión para conocer tantos lugares?

—Hum... Soy delegado comercial de una importante empresa exportadora —se excusó Shell, rápido—. Debo viajar, conocer mundo y todo eso.

—Ya. También habrá conocido a muchas chicas —señaló ella, maliciosa.

—A muchas. Pero a ninguna como usted.

—¿Es su frase habitual en los encuentros durante sus viajes? —replicó Lesley vivaz.

Shell enarcó las cejas. Verbalmente, ella tenía una esgrima fácil. Era rápida y sensible, inteligente y hábil. Le gustó aún más. No era una típica *miss*, vacía y sin ideas.

—Poco más o menos —admitió, riendo, con tremenda sinceridad. Se inclinó—. Admito mi fracaso. Usted no es vulgar, señorita Weld.

—Eso también formará parte de sus tácticas habituales, ¿no?

—Palabra que no —aseguró él, más serio. Escuchó.

Sonaba música distante, en algún lugar del barco. Ofreció cortés, serio:

—Si quiere venir a bailar un rato, charlaremos de ello.

—Conforme —sonrió Lesley, irónica—. Sigamos su juego, señor Duncan. Después de todo, usted es el viajero experto yo la inocente turista... No quiero defraudarle, palabra.

Shell arrugó el ceño. La burlona agresividad de ella le había logrado desarmar por un momento. Ahora empezaba a encontrar agradable aquel juego que ella le presentaba.

—No forma parte de mi juego —señaló—. Las cosas vinieron así, aunque no lo crea. Pero dejemos que desconfíe, que siga en guardia contra mí. Me gusta eso. Le probaré que las cosas no son siempre

como piensa. Aunque hace bien en desconfiar de todo y de todos. El mundo es hermoso, pero despiadado. Recórralo si eso le fascina. Pero siempre alerta. Siempre desconfiando de los demás. Siempre pensando lo peor. Así nunca se verá defraudada. ¿Bailamos?

—Sí, por supuesto —admitió Lesley Weld—. Bailemos, señor Duncan. Y perdone si sigo sin creer demasiado en usted. Prefiero ser siempre así. Lo fui antes de ser *Miss Miami Beach*. Un título no tiene porqué cambiarme. Y seguiré siendo igual, aunque me nombren *Miss Belleza Mundial* en Londres. Palabra.

Salieron del bar. Se dirigieron a la cercana sala donde se iniciaba el primer baile a bordo del *Luxury*. A su paso, Johnny Adonis les dirigió una estúpida mirada indiferente y siguió sumido en su dorado mundo de vacío y de tontería supina. Era lo que podía esperarse de él, pensó Shell.

Al cruzar la cubierta suavemente iluminada, Duncan no observó la presencia en la cubierta alta, de un hombre que fotografiaba, con una cámara especial cinematográfica, de objetivo altamente luminoso, a diversos grupos de turistas complacidos.

Era un tipo enjuto, rubio y pálido. Correspondía a la descripción del fotógrafo profesional de bellezas femeninas, Doc Wallace que dijera Lesley Weld a Shell Duncan. Pero su cámara tomavistas era algo más que una cámara vulgar, poseía un potente sistema de telémetro, que captaba nítidamente cualquier figura en la distancia.

Su objetivo diáfano siguió a la pareja hasta la puerta del baile, a bordo del *Luxury*. Un gesto de preocupación se reflejó en el anguloso, grave rostro descolorido, bajo la rubia melena.

—Hum... —murmuró Doc Wallace—. La *miss* ha entablado una amistad a bordo. Habrá que averiguar quién es él, e informar a los jefes urgentemente, por si sucede algo que ponga en peligro el plan.

Y recuperando su aire risueño y despreocupado, continuó filmando diversas escenas, a la luz artificial de la cubierta alta del lujoso transatlántico.

* * *

Wilburn Tork leyó atentamente el mensaje recibido por radio. Tras descifrar la clave, su contenido era claro y preciso. Caminó rápido hacia el télex y transmitió, en una clave diferente, el mismo

texto recibido, añadiéndole un comentario propio.

No tardó en recibir respuesta. Una hora más tarde, el télex transmitía un mensaje, también cifrado, que Wilburn Tork, en la inmediata base costera desde la que se llegaba a *Eros Island*, recibió íntegramente, procediendo a traducirlo con la mayor rapidez posible. El texto le tranquilizó en gran parte, apenas puso sus ojos en él:

«Enterados informes recibidos desde *Luxury*, respondemos Doc Wallace vigile incesantemente. Y en caso dificultad extrema que complique situación dama a bordo, transmita urgente mensaje para nuevas instrucciones emergencia». Por el momento, vigile Wallace. Y si situación se complica, liquiden hombre fingiendo accidente y rapten dama helicóptero, sin esperar a más, siguiendo “Plan número uno”.

»Caso emergencia máxima, informe igualmente urgencia máxima para nuevo plan.

»Eros uno».

Eros uno había dado su opinión al respecto. Eso era suficiente. Bastaría para resolver cualquier problema de inmediata aparición. Wilburn Tork no esperaba que hubiera nuevas dificultades en un inmediato futuro. Cuando Eros actuaba, todo era fácil, simple y directo. No podía haber fallos. Nunca los hubo. Ahora no podía ser una excepción.

A fin de cuentas, *Miss Miami Beach* se había hecho amiga, a bordo, de un americano joven, bien parecido, de aspecto fuerte y arrogante. Eso no era raro. Ni peligroso. Sencillamente, Doc Wallace preveía cualquier posible dilema, pero nada mas. En sólo hombre no podía ser obstáculo para *Eros Inc.* No lo sería jamás.

Sonriente, el jefe de la sección de Personal de *Eros Island* regresó a su habitual trabajo en la oficina de relaciones con el exterior. Y olvidó pronto a Lesley Weld, al *Luxury* y todo lo demás.

Hizo mal.

Lo del transatlántico americano, en ruta hacia Londres, no era ningún incidente trivial. Por el contrario, estaba complicándose a

pasos agigantados. Pero eso él no podía saberlo. Ni sospecharlo siquiera.

—Shell, ¿estás seguro de lo que dices?

—Sí, Lesley. Estoy muy seguro. Como jamás lo estuve en la vida.

—Pero Shell... Apenas nos conocemos. Anoche partió este barco de Nueva York. Llevamos sólo veinticuatro horas de travesía y...

—Y estoy enamorado de tí —suspiró Duncan, pensativo—. Lo siento, Lesley. Nunca me ocurrió antes de ahora. Te aseguro que es lo más asombroso que jamás pudo ocurrirme. Yo mismo hubiera dicho que estaba loco quien me hubiera asegurado anoche mismo una cosa así. Sin embargo, es cierto. Te quiero. Deseo... deseo casarme contigo.

—Shell... Es..., es una locura —protestó ella vivamente.

—Lo sé. Una locura para ti, que tienes ahora ante ti un porvenir, una carrera, un futuro. Tienes sueños, ambiciones, aspiraciones maravillosas... Sé lo que es todo eso. Sé lo que significa para una muchacha como tú. Por eso te lo digo. Por eso te afirmo que es una locura... Yo mismo lo comprendo. No sabes nada de mí, no me conoces. Sólo te he dicho que me llamo Shell Duncan, que trabajo para una empresa de exportación, que viajo por placer en este momento... y que te amo. Que he aprendido a amarte en sólo unas horas de conocerte.

—Shell, tampoco tú sabes nada de mí. Sólo que soy *Miss Miami Beach*. Que he aparecido en fotografías, que tengo un cuerpo bonito y que...

—¡Al diablo el título de *miss*, los diarios, las fotografías, el cuerpo bonito que has exhibido y todo eso! —protestó Duncan tajante—. Lesley, ¿es que no te das cuenta? Te quiero por ti, por ti misma. Apenas te vi anoche temí que iba a ocurrir esto. Y nunca sucedió antes de ahora. Conocí a docenas de mujeres, tuve con ellas toda clase de relación..., pero no sucedió. Eran jóvenes, hermosas, seductoras, ricas, elegantes... y no sucedió. Nunca, Lesley, ¿entiendes?

—Shell no quisiera que todo eso formara parte de tus técnicas, de tu habilidad, de tus recursos para...

—¿Recursos? —protestó Shell vivamente. Tomó su mano. La oprimió con fuerza, allí en la silenciosa, umbría complicidad de la cubierta mirando al mar, a la luna creciente, dibujándose

estremecida en el oscuro Atlántico—. Mira, Lesley... Deseo decirte algo: cástate conmigo. No en Londres. Ni en Nueva York. Aquí.

—¿Aquí? —se asombro ella.

—A bordo, sí. El capitán tiene atribuciones. Acaso incluso viaje algún capellán. Nos pueden unir legalmente, Lesley.

—Oh, Shell, es una maravillosa locura —suspiró ella—. Pero mi título, mis compromisos...

—Sí, comprendo. Si no sientes nada por mí, debes decir que no. No voy a enfadarme, ni a sentirme ofendido. Di que no, Lesley. Pero dilo. Dame un plazo, un margen, una fecha, aunque sea aproximada... Pero no una negativa rotunda. Y si me amases tanto como para ciegamente renunciar a todo por mí..., entonces di una sola palabra. Y mañana mismo nos casará el capitán del *Luxury*. De ti depende. Lesley. Solamente de ti...

—Oh, Shell, Shell, amor... —Inesperadamente, con ímpetu, con pasión, se lanzó a sus brazos, buscó su boca, la cubrió con un largo beso apasionado—. Shell te amo... ¡Te amo y deseo casarme contigo, mañana mismo, en este barco! Seas quien seas... y me espere lo que me espere. Es una locura. Una bendita y maravillosa locura, lo sé. Y la acepto encantada.

—Lesley...

—Shell...

Volvieron a unir sus labios. Shell Duncan, el hombre del FBI, el gran vencedor de sus pugnas con hermosas y mundanas mujeres de todos los ambientes y latitudes, había caído. Vencido por la ingenuidad y malicia de una muchacha hermosa que empezaba a vivir. Y que sabía renunciar ahora a todo, aun desconociendo realmente a aquel hombre.

Doc Wallace, en la borda superior, se apartó calmoso, frío, pensativo. Había captado todo cuanto se dijo abajo, gracias al sensible sistema de micrófonos de su pretendida cámara tomavistas. El objetivo de espiar le reveló cuanto sucedía.

Era suficiente. Se mordió el labio inferior. Recordó las instrucciones de *Eros Inc.* Y resolvió al respecto, con helada decisión:

«Debo avisar a mi compañero a bordo —musitó—. Informaremos urgente a Eros. Y actuaremos. Esta noche, el helicóptero se llevará a la chica. Y ese americano del diablo se irá al

infierno de las oscuras aguas».

* * *

Doc Wallace y Greg Olson contemplaron la figura del americano, apoyado en la borda. El cigarrillo era una brasa que ardía en la madrugada. El baile terminaba ya. Lesley Weld había ido al tocador. No tardaría en volver.

Wallace miró al cielo oscuro. La luna se había nublado hacía tiempo. El mar golpeaba con fuerte rumor el casco del *Luxury*, empujado por la brisa nocturna. Ronroneó en lo alto un motor. Shell también miró a la noche.

—El helicóptero —masculló Olson, a su lado—. Vamos ya. Apenas tiremos al agua al americano, enciende la luz de tu *flash*. El helicóptero bajará para recoger a la chica. Todo a de ser rápido. Y sin ruido.

—Descuida —silabeó Wallace—. Yo me ocuparé de eso. Tú estate alerta.

Asintió Olson. Los dos hombres se desplazaron en la oscuridad. Hacia Shell Duncan, acodado en la borda, pensativo y distraído, a la espera de Lesley Weld.

Fue Doc Wallace quien se aproximó a él con lentitud. Pasaba como de largo. Shell le miró de soslayo, distraído. Wallace se llevaba a la boca un cigarrillo. Buscó en sus bolsillos y soltó una sorda imprecación. Se detuvo. Miró a Shell. Se acercó a él.

—¿Me da fuego, por favor? —pidió.

—Por supuesto, sí —asintió Shell, que en el acto recordó la descripción de Lesley, e identificó al tipo como Doc Wallace—. Tome, amigo.

Le tendió el cigarrillo. Wallace adelantó la mano para tomarlo. Emitió a la vez un ronco grito, como un aviso. Y era un aviso.

Otra figura, la de Greg Olson, surgió de la sombra. Se lanzó sobre las piernas de Shell, las aferró, empujándole violentamente por encima de la borda, hacia el oscuro mar. Hacia la muerte. Shell, rápido, reaccionó cuando parecía imposible que ello pudiera ocurrir.

Con un hombre cualquiera, la muerte hubiera sido segura. Con un experto en judo y en toda clase de artimañas, contra un agente

especial del FBI, súper-entrenado en muchos aspectos de la propia defensa y el ataque, aquello no era difícil de contrarrestar, pese al factor sorpresa utilizado en favor de ambos asesinos.

Y así fue.

Con una celeridad pasmosa, Shell clavó su cigarrillo en los ojos de Wallace, en un movimiento brusco. Aulló Wallace, cegado por el terrible dolor de la brasa en su párpado y se echó atrás. Olson, sujetando a Shell por los tobillos, forcejeó para lanzarle al mar... sin advertir que una inverosímil contracción dorsal de Shell, como si su cuerpo fuese de goma, le permitió sujetar sus manos a los mismos hierros horizontales de la borda, tomar así impulso, con el resto de su cuerpo, teniendo por soporte y punto de apoyo aquel barrote y disparando ambas piernas, pese a estar sujetas por el abrazo de Olson.

El resultado fue que su cuerpo describió un arco brutal, volteó por encima de los hierros cilíndricos de la borda, pero ahora con un impulso formidable y una sujeción firme, a la que se aferraban sus manos.

Instintivamente, Olson quiso soltarse, justo a destiempo. Cuando su cuerpo salía pesadamente proyectado al aire. Y así, con un ronco alarido, se sumergió en las aguas profundas, oscuras y tenebrosas. De ellas no podría emerger fácilmente. Y cuando lo hiciera, sería cadáver.

El chapoteo sordo se ahogó con los ruidos de a bordo y la música de baile. Nadie lo advirtió. Wallace, entretanto, medio ciego y lleno de ira por la quemadura en su ojo, extrajo un arma automática provista de silenciador y disparó sobre Shell dos veces.

Duncan, aun en su forzada posición, colgando al exterior, logró eludir con un pendular rápido, los dos proyectiles, que se perdieron como abejorros en la noche. Luego, Wallace se le vino encima, rabioso y empezó a martillar con la culata sus manos para hacerle caer.

Shell se soltó, pero sólo de una mano. Con la otra cobró impulso, brincó por encima de la borda, dando un brinco inverosímil, de acróbata, sujeto por un solo brazo. Al mismo tiempo, Wallace, peligrosamente inclinado sobre él, se disponía a empujarle al mar.

Al hallar el vacío, perdió el equilibrio. Shell, rápido, como no iba armado y Wallace aun empuñaba un arma silenciosa, cargada

de balas, le descargó un seco golpe de rodillas en la espalda. Y le ayudó a voltear sobre la borda.

El fotógrafo de bellezas siguió a su compinche en la zambullida trágica hacia el mar. Su alarido ronco se ahogó en otro chapoteo. La alta borda del transatlántico alargó su viaje final hacia el fondo del mar sombrío.

En ese momento se abría la puerta de la sala de baile y reaparecía Lesley Weld, risueña y tranquila. Se acercó a Shell. Le contempló, jadeante, contemplando el mar, despeinado. Se mostró preocupada.

—¿Te ocurre algo, Shell? —murmuró, intrigada.

—No, nada —sonrió Duncan, fríamente—. Sentí un mareo. Y perdí mi cigarrillo en el mar, eso fue todo... Vamos a bailar, cariño. No fue nada.

Y oyó cómo el ronroneo del helicóptero se perdía lentamente en la noche. Pero no comentó nada en absoluto. Entraron en la sala de baile, animada todavía, pese a la hora.

El *Luxury* siguió adelante, sin dos viajeros a bordo. *Eros Inc.* había fracasado.

* * *

Vyza Turak, eurásico, de cráneo rapado, elegante y suntuoso, rico y caprichoso, miró con una mueca pensativa a su secretaria de raza oriental, en la lujosa *suite* especial que ocupaba a bordo del *Luxury*.

—Mi querida señorita Kwan, anote para mañana noche una partida de póquer de las grandes —dijo, afablemente, con tono sardónico—. Invite a un joven y atractivo americano llamado Shell Duncan. Su acompañante es una bella dama, Lesley Weld, que también viaja en este barco. Prepáreles una copa especial para invitados de cierto tipo, con su habitual experiencia.

Ella sonrió, significativa. Su rostro exótico reveló ironía. Sabía del mensaje recién llegado por radio a manos de su jefe. Ordenes urgentes de *Eros Inc.* Sabía lo que tenía que hacer. No era la primera vez, después de todo...

—Naturalmente. Y supongo que con una copa muy especial para cada uno. —Y sus labios rojos tuvieron un rictus sardónico,

significativo, exhibiendo sus nítidos dientes, iguales y bellos como una sarta de blancas perlas—. Entiendo muy bien esa clase de cosas, señor.

CAPÍTULO V

DOBLE TRAMPA

—¿Te gusta el juego, Shell?

—No mucho —sonrió Duncan, caminando del brazo de Lesley, a través de la amplia sala de la *suite* de Vyza Turak, dedicada a sala de juego en estos momentos—. Pero una invitación no puede rechazarse, sobre todo cuando viene de uno de los hombres más ricos de cuantos viajan a bordo de este barco.

—Ten cuidado si juegas —le avisó ella, risueña—. Podría ser peligroso para un hombre, que no es ningún potentado, como los demás que vienen aquí.

—Evidentemente, no puedo competir con un Gregory Bannister, magnate del petróleo, ni con un lord Banks, ni con el fabricante de automóviles *monsieur* Godard, o esa mujer de mediana edad y altiva presencia que es Hazel Darrin, viuda y divorciada de hombres que la dejaron auténticas fortunas en bienes, acciones y propiedades industriales. Pero es que tampoco lo intentaré, cariño...

—Eso espero. —Lesley le miró tiernamente—. Confío en ti, amor. Y en tu fuerza de voluntad. —No sabes bien cuánta tengo, Lesley —suspiró él, encogiéndose de hombros—. El juego me deja indiferente por completo. No soy de los que se dejan fascinar por un tapete verde, puedes creerme.

—Te creo. —Ella le miró limpiamente a los ojos, con una tremenda fuerza de fe y confianza en el hombre que apenas hacía tres días conocía, a bordo de un buque en viaje a Europa—. Te creo, no sabes hasta qué punto...

Shell oprimió su mano. Caminó con ella hacia el fondo de la

sala, repartiendo corteses saludos a sus compañeros de viaje en la clase de lujo. Interiormente, el agente del FBI se decía cómo era posible que él, Shell Duncan, hubiera cambiado tanto en tan poco tiempo. Lesley Weld era diferente a todas, posiblemente. O a él se lo parecía. Pero él mismo era ahora distinto a cuanto antes fue. Si le vieran en el FBI, ni siquiera le conocerían. Enamorado como un colegial, sin pensar en fáciles aventuras o en cínicos flirteos pasajeros. Sencillamente enamorado de una mujer. Por primera vez. Acaso por única vez.

—¿Una copa, señores?

Se volvió, sorprendido. La voz femenina, melosa y tenue, había roto el hilo de sus pensamientos. Miró con interés al rostro exótico, de suave influjo oriental, dentro de lo occidental de todo su aspecto. Un vestido de oro, con escote profundo, de senos erguidos e insultantes, una boca carnosa, unos ojos rasgados y maliciosos...

Shell no se inmutó. En circunstancias normales, eso sí hubiera sido una aventura. Una mujer joven, hermosa y mundana. Las que acostumbraron a cruzarse en su camino. Con la suficiente mezcla de exotismos como para darle un encanto prohibido y sensual.

Pero eso era antes. Ahora, Mara Kwan no le causó impacto alguno. Se limitó a sonreírle cortésmente, tomando dos copas de su bandeja. Unas copas de espumeante champaña, de vidrio empañado. Ella le cortó con un gesto amable.

—No, no —negó, risueña—. Para la dama bien está el champaña. Para usted, hay algo mejor, si le gustan los combinados no demasiado fuertes.

Le quitó, con dulzura, una copa de sus manos, la que sostenía en su diestra. La cambió por un alto vaso helado, donde los cubitos tintineaban, gélidos, entre una mezcla ambarina de licores, soda y limón.

—Gracias —sonrió a su vez Shell, inclinándose cortés. Dio el champaña a Lesley—. Vamos ya, cariño. Creo que hay allí un confortable asiento, desde donde ver jugar a los demás.

—Pero ¿no piensan jugar ustedes? —se sorprendió la oriental, enarcando las cejas.

—Ella no sabe jugar —Duncan señaló a Lesley.

—¿Y usted tampoco?

—Yo, sí. Pero no me gusta el juego. —Tomó un sorbo de

combinado y sacudió la cabeza—. De todos modos, posiblemente intente algo.

—Se lo aconsejo —rió suavemente Mara Kwan—. Creo que es usted un hombre de suerte. Los orientales decimos que la fortuna está siempre impresa en los ojos de los hombres. Y usted es uno de esos hombres.

Se alejó, con su breve paso silencioso, sobre la espesa moqueta roja de la *suite*. Lesley oprimió el brazo de Shell, pensativa. —No me gusta esa mujer —dijo. Miró alrededor, tomando un poco de champaña—. No me gusta esto tampoco, Shell.

—Creo que estamos de acuerdo —asintió Duncan, algo pensativo—. Haremos acto de presencia por pura cortesía y nos iremos.

—Sí, será lo mejor —musitó ella—. Esa mujer es hermosa. Y te mira de un modo raro... No me gusta que te miren las mujeres hermosas. Shell.

—Es un sentimiento natural —rió de cierta ironía Duncan—. Pero hay un consuelo evidente, Lesley: tú eres la más hermosa de todas.

La besó tiernamente en la mejilla y ella sonrió tiernamente, bebiendo más champaña tras chocar su copa con el alto vaso del helado cóctel de Shell, que también apuró un largo trago antes de alcanzar ambos un reducido mostrador curvado, al fondo y acomodarse en sus taburetes giratorios, contemplando la mesa central de póquer, donde un quinteto de formidables jugadores, formado por el anfitrión, Vyza Turak, sus invitados lord Howard Banks, el americano del petróleo Gregory Bannister y el fabricante de utilitarios de París, *monsieur* Roger Godard y la acaudalada y elegante Hazel Darrin, con un audaz modelo rojo escarlata, vivísimo, orlado de oro centelleante sobre sus prominentes y generosos senos todavía arrogantes y firmes, se enfrentaban en una pugna titánica, con un mazo de flamantes naipes sobre el verde tapete y un montón alucinante de billetes de mil dólares delante de cada uno de ellos. Billetes que, delante del eurásico Turak, llegaban a formar pilas compactas, crujientes, todavía sujetas por las bandas del Banco Federal de Estados Unidos, en bloques macizos, cuya valía se elevaba a cimas impresionantes.

Por encima y desde su atalaya, Shell, mientras saboreaba lentamente su combinado, llegó a calcular una cantidad cercana al

millón de dólares, sólo como banca del anfitrión de la partida a bordo. Mucho dinero. Incluso demasiado dinero para una mesa de póquer. Pero allí cualquiera de los que jugaban ahora la partida podía perder un millón, sin que eso afectara decisivamente a su fortuna.

—¿Usted no juega?

Giró la cabeza. Era la segunda persona en la noche que le hacía tal pregunta. Esta vez no se trataba de ningún funcionario afecto al anfitrión, sino de un joven alto, atlético, muy rubio y musculoso, a quien Shell había visto ya en diversas ocasiones por el barco. Sabía que era un ganador de esos concursos de belleza y fuerza masculina, un hércules ficticio, para fotografías exhibicionistas, muy del gusto de cierta clase de tipos equívocos. Los propios apolos de turno pese a su poderosa musculatura y su pretendido aire viril, acostumbran a ser también hartos confusos. Aquel Johnny Adonis no era una excepción a la regla, ni mucho menos. Una voz atiplada y una blandura poco viril, asomaban en contraste con todo su musculoso continente de varón excepcional.

Estaba junto a ellos, tomando una copa de champaña, en una postura amanerada y femenil. Shell le miró, inexpresivo. Meneó la cabeza, contundentemente.

—No —negó—. Por el momento, no.

—¿De veras? —soltó una breve risa entre sus labios fruncidos en un mohín—. Oh le comprendo, amigo... Uno se marea al ver tanto billete sobre una simple mesa de juego.

Shell optó por no hacerle caso y el apuesto Johnny Adonis, el campeón de los atletas que posaban para fotógrafos de revistas ilustradas, se alejó, contrariado, al ver que no lograba entablar relación con él. Lesley rió entre dientes, mirando maliciosa a Duncan.

—Un hermoso ejemplar masculino —comentó, irónica.

—Sí, eso dicen. —Shell arrugó el ceño, haciendo bailotear los cubitos de hielo en su vaso casi vacío—. Hay cierta clase de tipos que me asquean y ése es uno de ellos.

—Te comprendo —asintió ella—. A mí me ocurre igual.

La partida de *póker* seguía. Cuantiosas ganancias fueron acumulándose a lo largo de la noche ante el eurásico Vyza Turak. Shell contemplaba, sorprendido, aquella insistente fortuna del

jugador de cráneo rapado, brillante bajo la luz de la sala como una esfera de marfil asentada sobre sus hombros cubiertos por la impecable seda verde oscura de su *smoking* muy bien cortado.

Lord Banks perdió hasta sumas fabulosas y terminó retirándose, mascullando algo entre dientes y enjugándose el sudor. Shell, imperceptiblemente, se había incorporado, acercándose a la mesa y contemplando la partida. Turak suspiró, retirando el mazo de cartas que había servido para la partida.

Miró a Shell de repente como al azar, e inició una suave sonrisa.

—Oh, señor, ¿quiere usted ocupar ese puesto que queda vacante? —invitó.

—No creo que sea prudente —sonrió Duncan—. Sus apuestas son muy elevadas, caballeros.

—Le aseguro que la fortuna o la desgracia de un jugador no dura toda la noche —dijo apacible el eurásico—. Usted ocuparía un asiento que ha sido ocupado por un hombre sin suerte. Cambiará ésta ya lo verá... ¿Por qué no intentarlo, sólo con una cantidad ridícula, pongamos diez mil dólares, señor Duncan?

—Sí, ¿por qué no? —Shell apuró su vaso de combinado ante la mirada insultante del hombre de rasgos mongólicos. Extrajo dinero de su bolsillo. Retiró hasta diez billetes de mil dólares y los alisó, depositándolos sobre la mesa, en el hueco que dejara lord Banks, entre Hazel Darrin y Roger Godard, frente por frente a Bannister, el de los petróleos tejanos... y, naturalmente, al propio Vyza Turak, el inquietante y hermético personaje de oriental ascendencia.

—Shell, no juegues —pidió Lesley, desde el taburete del bar, aprensiva—. No debes hacerlo...

—No temas —sonrió Duncan audaz—. Esto no es una ratonera, después de todo, ni estos caballeros y esta dama van a devorarme vivo. He jugado otras veces, sí bien no en partidas tan importantes y elevadas de apuestas como ésta y salí bastante bien librado.

—Por supuesto —sonrió afablemente Turak, sin desviar sus ojos oblicuos de él—. Estoy convencido de que usted ganará esta noche, señor Duncan. Es un presentimiento.

Y rompió el mazo de nuevos naipes, mostrando a todos su impoluto dorso rojo, antes de empezar a barajarlos, para iniciar la partida de *póker* con un nuevo jugador en danza: Shell Duncan, agente especial de Seguridad Nacional del FBI.

Aquel hombre tenía presentimientos muy atinados. Había acertado Vyza Turak al decir que ganaría esa noche. Fue como una premonición. Al menos, en principio.

A la hora de juego, en la tensa atmósfera cosmopolita y mundana de la lujosa *suite* del eurásico, a bordo del *Luxury*, Shell Duncan reunía ante sí más de cincuenta mil dólares, de ellos todo beneficio, salvo sus diez mil iniciales en la partida.

Shell estaba sorprendido, en tanto seguía jugando aquella partida realmente importante para ser un simple pasatiempo a bordo.

No sorprendido de su fortuna, que otras veces había sido igualmente favorable, sino por otro motivo más indefinido, menos concreto. Por algo que le afectaba a sí mismo y su modo de ser.

Estaba obrando de forma diferente a como él era habitualmente. Esa noche se había vuelto temerario. Excesivamente audaz. No con valentía, sino con temeridad, con imprudencia incluso.

Arriesgaba demasiado dinero en jugadas absurdas, ridículas, que hubiera debido perder. Y no perdía. Pero eso era puro milagro. Una serie de circunstancias asombrosamente casuales, que le hacían reprocharse a sí mismo por su alocada temeridad, para inmediatamente caer de nuevo en una torpeza mayúscula, en un alarde de audacia realmente demencial, donde lo arriesgaba todo de golpe... para ganarlo en un rasgo de fortuna, bien por superior juego, bien por abandono de sus adversarios, en mayor número de veces un sonriente, impávido y como distraído Vyza Turak.

—Bien, señor Duncan —habló de pronto con un suspiro el eurásico, al cambiar de naipes otra vez, desechando los anteriores, que fueron, junto con otros, a un depósito situado no lejos del mostrador del bar, como inútiles—. Parece usted tremendamente valiente en el juego. Le felicito. Es tan audaz como afortunado.

Y limpiándose cuidadosamente unas gafas de montura de oro, las aplicó sobre su recta y fina nariz, poniéndose a barajar cuidadosamente. Los vidrios de sus gafas tenían un leve tono amarillo, que el eurásico justificó con tono indiferente.

—La luz artificial termina cansando mi vista cuando llevo demasiado tiempo en el juego. Además, dice la señorita Kwan, mi

secretaria, que son en parte un talismán que me ayuda a ganar a los demás —sonrió lejanamente a Mara Kwan que, como si supiera lo que estaba diciendo, le sonrió desde el fondo de la sala, en respuesta. Luego, clavando su mirada almendrada en Duncan, a través del amarillo tenue de sus gafas, indagó—: ¿Está dispuesto a seguir luchando contra mí, señor Duncan, a pesar de ese supuesto talismán afortunado?

—Desde luego —dijo alegremente Shell. Golpeó sus billetes—. Seguiré jugando todo. Hasta el último dólar.

Volvió a sorprenderse a sí mismo. No era una reacción prudente ni discreta. Demasiado audaz. Excesivamente imprudente y temeraria. ¿Por qué actuaba así esta noche? No quería hacerlo..., pero lo hacía. Continuó el juego porque era absolutamente preciso que lo hiciera, si bien se dijo mentalmente que debía controlarse, medir sus impulsos. Era extraño, porque él los medía habitualmente con mucha serenidad. Poseía un autocontrol formidable, cosa que cualquier agente especial del FBI estaba capacitado para hacer ya que formaba parte de la dura educación física y psíquica de cualquiera de ellos, antes de ser convertidos en agentes del Grupo Especial de Seguridad y Defensa Nacionalista, cuya misión siempre implica los más graves peligros, las más arriesgadas situaciones y los momentos cruciales en que la serenidad, el temple y la sangre fría podían ser decisivos.

Sin embargo, esta noche...

—Dos cartas —pidió Turak. Y sin verlas, tiró un puñado de billetes sobre el tapete verde—. Subo con diez mil más.

Era una postura algo fuerte. Bannister se retiró, e igual hizo Goddard. Aguantó Hazel Darrin con fría calma. Shell miró sus cartas, algo nervioso. Sentía bullir su sangre y su cerebro era un disparadero vertiginoso que le incitaba a aceptar la postura. Miró el mazo de naipes sobre la mesa. Pulido, lustroso, con sus brillantes dorsos, que en esta ocasión eran verdes. Allí esperaba Turak la fortuna, quizá. No podía llevar más de un trío, aunque fuese de ases.

Shell miró calmamente sus cartas ahora. Trató de serenarse, de combatir aquella inexplicable excitación. Vio tres reyes, un diez y un valet. Tiró dos cartas y pidió dos más. Las miró serenamente, todo lo serenamente que podía hacerlo en aquella situación.

Se sobresaltó. Dos ases. Había recibido dos ases. Era un buen *full*. Pero, además, significativo. Daba clara idea de que su antagonista, el burlón y helado eurásico que le contemplaba a través de los vidrios color caramelo con aire glacial y hermético, no podía llevar tres ases y, por tanto, su *full* podía ser muy bueno, frente al que tuviera Turak, como máximo de reinas o de *valets*.

—Diez mil —dijo Shell, glacialmente—. Y el resto.

Audaz, impresionante, tiró el dinero sobre el centro de la mesa. Turak ni pestañeó. Pero con una sonrisa, miró a los demás jugadores. Suspiró Hazel, tirando sus cartas.

—Demasiado para mí —susurró—. Renuncio.

Se quedaron solos los dos, se miraron al rostro sin expresión. Turak, risueño, con mano que no vaciló, puso sobre el tapete un mazo de billetes.

—Voy a su resto —silabeó, calmoso—. Pero sigo creyendo que es usted muy audaz, Duncan. Veamos sus cartas.

Tiró las suyas lentamente Shell. Puso el *full* de reyes y ases ante la mirada impávida del hombre de facciones exóticas. Éste se inclinó, tranquilo, contemplándolas fríamente. Su calva algo sudorosa brilló como hueso pulido.

—Buena jugada —ponderó. Luego meneó la cabeza, tranquilo—. Pero no tanto como la mía, Duncan.

Volvió las cartas. Hubo un murmullo de sensación en torno a la dramática mesa de juego. Cinco cartas se exhibían en abanico. Pero cuatro de ellas tenían solamente el suficiente valor para hundir a Shell, pese a su modestia: eran cuatro nueves.

Póquer.

Un *póquer* que significaba más de cien mil dólares. Los dedos pálidos y aristocráticos de las menudas manos de Turak, retiraron calmosos los montones de billetes de mil dólares.

Shell se quedó quieto, como anonadado, diciéndose que había sido un necio, hubiera jugado un millón a aquellas cartas. Y lo dijo entre dientes:

—Hubiese apostado un millón de dólares a ese *full*, Turak. Y usted me hubiera arruinado.

—Seguro —rió el eurásico, apilando minucioso el dinero ante él. Miró el vacío ante su vencido rival y luego clavó sus ojos en los de Shell. Le preguntó, suave—: ¿Quiere seguir jugando?

—No, no —suspiró Shell—. Creo que no debo seguir.

Sentía transpirar su piel. No le dolía la pérdida de su dinero más que el que ganaba. Le dolía la humillación, el fracaso. Enjugó las palmas de sus manos, sudorosas también. Era raro todo. Muy raro. Sentíase excitado, tenso. Hubiera arriesgado ese millón ahora mismo, de haberlo tenido. Y no era lógico. No en él. Ni siquiera tenía espíritu de jugador. ¿Por qué ahora...?

—Yo me retiro —anunció calmosa Hazel Darrin. Se incorporó, mirando con una sonrisa a Shell—. Usted es muy valiente jugando, Duncan.

—Sí, demasiado, por lo visto —refunfuñó Shell, malhumorado.

—No, no —rechazó ella—. Tiene una gran cualidad siendo valiente. Le faltó suerte. Pero eso no sucede toda la noche. Hay un momento en que la suerte cambia. Yo tengo fe en usted no sé porqué.

—Pues sería mejor que no la tuviese —masculó Duncan, disponiéndose a levantarse de la mesa—. He perdido y perdería mil veces más. Al menos esta noche.

—Espere. —Ella le retuvo, sujetando su hombro con energía. La mano enojada de la dama se apretó firmemente sobre el hombro de Duncan—. Espere ahora, Duncan. Quisiera apostar algo con usted. Me encantan las apuestas.

—¿Apostar conmigo? —Shell rió entre dientes—. Seguro que gana.

—¡Ojalá! —sonrió ella—. Significaría que gano... un millón de dólares.

—¡Un millón! —Shell se encogió de hombros—. No soy un millonario como ustedes. Solamente un hombre de negocios mediocres que vive sus vacaciones.

—Pero antes dijo que hubiera apostado un millón.

—Y es cierto. Lo hubiera hecho... de haberlo tenido —suspiró el federal asustado de sí mismo—. Una locura, claro.

—Me gustan las locuras, sobre todo en el juego. Duncan yo le ofrezco ese millón.

—¿Qué? —masculó Shell, perplejo.

Ella soltó su hombro. Se inclinó sobre la mesa de verde tapete. Abrió su bolso de pedrería, extrayendo un talonario. Escribió algo en un talón bancario contra el Banco de Inglaterra. La suma

provocó un leve escalofrío en Shell. Estaba habituado a ver grandes sumas en juego, pero en asuntos internacionales, no en una simple partida de póquer.

Hazel Darrin escribió un uno, seguido de seis ceros y el signo mágico del dólar.

Un millón de dólares al portador.

Firmó como quien extiende un talón por veinte dólares y unos centavos. Lo arrancó y puso la mágica hojita verde ante Shell. Vyza Turak, con enorme curiosidad, pero impenetrable su faz, su mirada oblicua, la mueca risueña y afable de sus labios sonrientes, era testigo interesado de la maniobra. Si el cheque bancario por un millón despertó su codicia lo disimuló muy bien, porque tras sus gafas color caramelo, los ojos siguieron brillando, con idéntica intensidad, pero con la misma expresión también.

—Están locos todos —farfulló Gregory Bannister, incorporándose—. Me sobran los millones, pero no jugaría uno entero al póquer, ni estando borracho, como estoy muchas veces.

—Bannister tiene razón —sonrió Duncan, calmoso, tabaleando con sus dedos sobre el talón bancario—. No hay nadie que se juegue un millón a las cartas.

—Yo me lo jugaría con usted, Duncan.

—¿Usted? —Shell dudó—. Me temo que yo no.

—Es evidente —sonrió Turak—. Tiene miedo. Le felicito, Duncan. Tener miedo es una prudente medida en el juego.

—Hará bien en tenerlo, amigo —apoyó Roger Goddard a Shell, palmeando su espalda—. Sería la mayor insensatez del mundo sentirse valiente ante Vyza Turak, con un millón en juego. Es un diablo afortunado como jamás vi otro. Parece que conociera los naipes a través... y también las almas de sus enemigos.

—Casi me llama tramposo —rió el eurásico, burlón.

—Si no fuera tan rico y tan afortunado, se lo diría —rezongó Goddard, pegando un empujón a las cartas, que dispersó sobre el verde tapete—. Esta noche ganó casi seiscientos mil dólares. Sólo un loco jugaría un millón contra él.

—Yo lo juego —dijo Hazel, serenamente—. Pero Duncan ha de ser quien lo juegue en mi nombre. Le hablé antes de una apuesta, ¿recuerda?

—Cierto —afirmó Shell—. Veamos cuál es.

—Si usted gana ese dinero, medio millón será suyo. Yo estoy segura de que lo gana. Y aún ganaré otro medio del amigo Turak, lo cual sería enormemente divertido.

—¿Y si pierdo?

—No habrá perdido nada. Le reintegraré cuanto perdió aquí esta noche.

—De todo modos, gano yo —sonrió Duncan—. No es una apuesta muy arriesgada la que hago.

—Aún no terminé. Supuesto que está seguro de perder y yo segura de que gana, si pierde no hay otra condición que la de recuperar su dinero perdido antes.

—¿Y si gano?

—Entonces, señor Duncan, durante toda su estancia en Londres estará obligado a ser mi compañero inseparable. Se alojará en mi residencia de Mayfair y será mi pareja en cenas, recepciones y fiestas.

—Pero yo no podría... —Shell buscó la mirada de Lesley que, como distraída, contemplaba la mesa de juego en su taburete, sin prestarle atención alguna a él—. Hay una joven con quien me he prometido y debo...

—Lo siento, Duncan —sonrió ella—. Eso demuestra que sabe que va a ganar, si realmente lo desea.

—Claro que deseo ganar, como todo el mundo. —Shell meneó la cabeza, contemplando el talón bancario por un millón—. Pero es imposible. No puedo aceptar. Perdiendo, pierdo su dinero. Ganando... pierdo posiblemente a una mujer. No, no acepto, señora.

—Señorita. —Ella le miró penetrante, significativa. Se inclinó hacia él y su descote le exhibió su audacia provocativa—. Señorita Darrin, amigo Duncan... Perdería a una mujer para ganar otra... inmensamente rica, además. No pierde nada. Pero si es un cobarde, hace bien. Váyase. Nadie ganó nunca a Vyza Turak. No iba a ser usted el primero.

Le exhibió la lengua entre sus dientes, con una mueca burlona y agresiva, irguiéndose y disponiéndose a recuperar su cheque. Shell la detuvo bruscamente, sujetando su mano.

—¡Espere! —jadeó. Y dijo, roncamente—: Nadie me llamó nunca cobarde. Está bien, acepto. Jugaré el millón contra Turak.

Hubo un murmullo de estupor en la sala. Shell buscó con su mirada a Lesley, sintiendo que su congoja subía de grado, que cometía un tremendo error dejándose llevar por las circunstancias. Nunca antes de ahora le importó que le dijeran cobarde o valiente y nunca antes sintió un orgullo estúpido, desmedido, ridículo. Sin embargo, la sangre bullía en sus venas, sus sienes palpitaban con una fiebre desconocida. Tenía que jugar. Y jugaría. Jugaría por lo que fuese.

Lesley, de repente, se había quedado mirándole con asombro y desconcierto, como si no pudiera creerle. Bajó de un salto de su taburete, en el bar. Empezó a dirigirse a la salida.

Shell se incorporó. —Lesley, espera— pidió—. Espera, por favor... Te explicaré...

—Shell, me defraudas —gimió ella, trémula—. Si ganas, esa mujer te absorberá en Londres.

—No, no es como crees, Lesley. Yo...

—Si pierdes, te habrás echado sobre la conciencia un millón ajeno... de una mujer que te hará sentirte igualmente obligado a ella... Es una trampa, Shell, para apartarte de mi.

—Lesley...

—¡No te acerques! —gritó roncamente. Y con un sollozo, corrió a la salida, mientras las palabras fluían de sus labios—. ¡No vengas, Shell! ¡Sólo si dejas esa partida absurda y vienes conmigo, habrás hecho algo sensato!

Duncan no se movió. Era absurdo, pero no se movió. Un impulso superior a sí mismo, una idea ridícula y absorbente le dominaba. Jugar. Tenía que jugar. El millón. El millón... No, él no sería un cobarde ante la gente. No se dejaría vencer por los lloriqueos de una chiquilla absurda. Jugaría. Sí, jugaría. El era más valiente que todos. El más...

«Dios mío, ¿qué me pasa?», preguntó algo, allá en un recodo de su enturbiada mente. Pero el resto de su ser se rió de aquel rincón consciente y le ahogó en risas clamorosas y ensordecedoras. Su mente iba a borrar la última chispa de consciencia que le quedaba.

Se sintió ligeramente enfermo, sudoroso y febril. Se disculpó con un gesto, moviéndose tambaleante hacia los servicios. Turak, burlón, sugirió:

—Duncan, no tiene que impresionarse tanto. Renuncio a jugar.

Todos le comprendemos. —¡No! —rugió él, exasperado, revolviéndose—. No renuncio, Turak. Le ganaré. ¡Le ganaré ese millón, lo juro! Esperen... Disculpen. Ahora mismo vuelvo...

Se alejó. Entró en los servicios, cerrando tras de sí de golpe. Oyó leves risas allá fuera. Se dijo, altivo, que vencería esas risas. No se burlaría nadie de él. Vencería.

«Dios, Dios... —Se apoyó en el lavabo, mirándose al espejo—. ¿Qué me sucede? ¿Soy realmente yo?».

Se contempló, pálido y tenso. No supo por qué, puso su cabeza bajo el grifo. Le sentó bien aquel frío impacto. Irguió la cabeza mojada. Se peinó al descuido, con los dedos entre su cabello rebelde. Se miró de nuevo al espejo.

Su conciencia aún luchaba por abrirse paso entre tanta demencia. Cualquier persona normal estaría dominada ya por aquella extraña psicosis actual. La suya era una mente demasiado fuerte y bien entrenada para ser vencida fácilmente. Aún quedaba un resquicio de razón y de buen juicio, de serenidad casi arrollada por aquella inexplicable excitación irreflexiva, hecha de audacia, orgullo, imprudencia y torpeza.

Shell luchó por conservar esa leve lucidez. Mecánicamente, sus dedos temblorosos hurgaron en sus bolsillos. Extrajo algo de ellos. Una pitillera de oro, con cigarrillos emboquillados, de una marca especial. Tomó el último cigarrillo de su izquierda. Lo partió en dos, siempre temblándole los dedos nerviosamente, con viva excitación.

Del interior del supuesto cigarrillo, que sólo tenía de tal la envoltura, surgió una cápsula plástica, color azul. La llevó a los labios. Quebró su punta de un mordisco y absorbió el contenido, un denso líquido azul, aceitoso. Luego se sirvió un trago de agua del depósito.

Se mantuvo quieto, apoyado en el lavabo, contemplándose a sí mismo. Apenas si duró esa postura veinte segundos. De súbito, fue como si algo barrera enérgicamente su cerebro de un lado a otro. Todo se limpió, se aclaró, como si un huracán se hubiera llevado un amasijo turbio de nubes.

Vio claro y se vio claramente a sí mismo.

«Estúpido de mí —masculló, irritado. Sacudió la cabeza—. Me drogaron. Me drogaron y ni siquiera me di cuenta».

CAPÍTULO VI

CIFRAS OCULTAS

Entreabierta la puerta, el ojo acerado de Shell escudriñó la sala.

Nadie miraba en aquella dirección. Nadie esperaba verle salir aún. Era providencial.

Asomó un brazo. Lo estiró cuanto le fue posible, junto a las personas sentadas en el bar. Todos le daban la espalda. Ni siquiera observaron cómo tomaba él uno de los mazos de naipes, casi completo, tirado al cubo de desperdicios del improvisado casino.

Regresó al interior con las cartas. Cerró de nuevo el lavabo, esta vez con pestillo. Se aproximó al espejo. Allí se miró otra vez. Empezaba a recuperar su apariencia normal. Pero no era eso lo que le preocupaba ahora. Su estado mental era bueno, eso ya lo advertía él en este momento, recuperada su serena frialdad y su autocontrol de nervios y reacciones psíquicas.

Lo que le intrigaba era las cartas. Aquellas cartas que parecían mágicamente aliadas con la buena fortuna de Vyza Turak. Aquellos naipes que, ciertamente, no ofrecían la menor muesca o señal en relieve sobre su tersa superficie dorsal. De todos modos, hubiera sido ésa una trampa harto rudimentaria. No era la que correspondería, en modo alguno, a un hombre de la clase y cerebro del eurásico.

Pero ahora, consciente, fuera de los efectos de aquella droga que indudablemente le fue administrada por la hermosa secretaria del eurásico, dentro del combinado frío, droga que servía para espolear su audacia, su irreflexión, anulando su serenidad y control propio y convirtiéndole en fácil vicioso del azar del juego, en que se hubiera

sumergido alocadamente hasta el desastre, Shell Duncan sabía que tenía que existir una trampa, por sutil que fuese. No era posible que la suerte estuviera aliada siempre a Turak, hasta límites inauditos. No, no era posible en modo alguno.

Shell revisó una a una todas las cartas inútiles, con presteza y penetrante observación. No encontró nada anormal. Perplejo, se quedó contemplando aquellas superficies lustrosas, que en su reverso nada decían, por ser todas idénticas y sin señal que las diferenciase.

Además, Turak ganaba igualmente en el juego, aunque otro repartiese los naipes. Por tanto, él no podía palpar cada carta para jugar con ventaja. Había observado que cuando el adversario tema mejor juego que el eurásico, rara vez arriesgaba éste nada en un envite y, por el contrario, perdía una corta suma o se retiraba discretamente.

Todo eso era lo que él había observado, pese al aturdimiento producido por la misteriosa droga administrada en la bebida, durante la partida de naipes con Vyza Turak. Todo eso lo había inducido ahora, con su mente clara gracias a un antídoto contra cualquier droga narcótica o de influencia psíquica, que el FBI suministraba a sus hombres en sus misiones especiales y que Shell había conservado en el falso cigarrillo de la pitillera, por cualquier imprevisto futuro. Ahora se alegraba de tal medida. Incluso de vacaciones, le había sido útil el antídoto creado por los técnicos de laboratorios de la Oficina Federal de Investigación.

Ahora, comprobando aquellas cartas, seguía la perplejidad de saber que no existía en apariencia trampa alguna. A no ser que los ojos de almendra del hombre de aspecto mongol, penetrasen a través de la cartulina como rayos X, desde el vidrio amarillo de sus gafas...

Sus gafas...

Shell se quedó rígido. Miróse a sí mismo en su imagen reflejada en el espejo. Sus ojos brillaron. Entendió. Al fin lo entendió.

Rápido, buscó en su bolsillo. Extrajo una bolsita plástica, en cuyo interior mostróse, sobre un lecho de terciopelo una hilera de una docena de pequeñas lentillas de contacto. Tomó dos de ellas. Las aplicó sobre sus ojos.

Miró los naipes por su reverso.

Allí estaba la trampa.

Cifras fluorescentes, números o letras y el dibujo del palo correspondiente, apareció sobre la cartulina brillante. Bien visibles, bien concretas. Coincidían con el número y color de cada carta.

Shell regresó calmosamente a la sala.

Se acomodó ante la mesa de juego, indiferente el gesto. Turak le miró, astuto. También Hazel Darrin, todavía en pie ante la mesa. Los curiosos eran nutridos ahora, formando cerco en torno a la mesa. El cheque contra el Banco de Inglaterra estaba allí, ante el asiento de Shell, esperando a éste.

—¿Se encuentra mejor? —sonrió Turak, sin desviar de él sus ojos.

—Sí, sí. —Shell se expresó nerviosamente, sus manos se crisparon sobre el talón bancario y la verde pieza que cubría la mesa de juego. Procuró reflejar igual tensión que antes, aunque aparentando mayor tranquilidad—. Estoy bien. Dispuesto a jugar ya.

Turak sonrió. Parecía aliviado. Aparentemente todo continuaba igual. Shell Duncan era el mismo drogado personaje que desapareciera por la puerta de servicios pocos minutos antes. Si acaso, algo más calmado, pero eso era todo.

—¿Dispuesto a la gran batalla? —sonrió a su vez Hazel Darrin, llena de confianza.

—Dispuesto —afirmó Duncan, sonriente—. Y no me culpe si le hago volar un millón con la mayor facilidad del mundo.

—No se preocupe. —Ella puso una mano suave, invitadora, sobre la suya. Le oprimió los dedos con fuerza—. Animo, Duncan. Aunque pierda, seguiré siendo rica. Pero estoy segura que ganará. Es una corazonada.

Podía estar hablando en serio o tratando de alentarle. De cualquier modo, Shell sonrió, como si sintiera una gran seguridad en sí mismo. Vio romper un nuevo mazo de naipes, pedido por Turak.

Pensó en su propia jugada de ahora. El eurásico ni siquiera podía sospecharla. Ni él ni nadie.

De los naipes tomados en el lavabo, Shell había destruido y lanzado al servicio la totalidad de ellos..., menos cinco.

Cinco que llevaba en su manga, bien ocultos, unidos a un

sujetador especial de su bocamanga, que a veces le había servido para guardar documentos valiosos... e incluso armas letales contra el enemigo peligroso.

Los cinco naipes eran de un mismo color: tréboles. Rey, dama, *valet*, diez y nueve de tréboles. Escalera de color al rey. Una gran jugada en cualquier partida de *póker*.

Shell recordaba bien los dorsos examinados en el lavabo, que eran los que ahora tenían las cinco cartas escondidas: verde.

El mazo que ahora abrió el eurásico tenía los dorsos rojos.

* * *

Shell tuvo un momento de viva desorientación.

En principio, no supo qué hacer. La trampa era imposible. No podía mezclar cartas de reverso verde con otras de reverso rojo. Era una trampa absurda e inútil. Pasaba un camarero con la bandeja de bebidas. Shell pidió una copa. Suponía que no habría en ella otra dosis de la extraña droga, porque nadie esperaba que él tomase una copa precisamente en ese momento y de aquella bandeja.

Pareció bailarle torpemente entre los dedos y terminó derramándola sobre la mesa. El licor, pegajoso, cayó en charco sobre los naipes. Los empapó, manchándolos y Shell se disculpó con una queja:

—Oh, cielos... No sabe cómo lo lamento...

—No se preocupe. —Agitó Turak su mano—. No tiene importancia.

Hizo un gesto. Retiraron sus camareros el servicio, limpiaron la mesa, Shell tomó otra copa en vez de aceptar una que le tendían y observó, con el rabillo del ojo, cómo llevaban otro mazo de cartas a la mesa. Esta vez, Turak, sonriente, lo deslizó hasta Shell, invitándole:

—Si quiere comprobar las cartas... No quiero que piense que aquí pueda haber trampas.

—Por Dios, qué tontería —rió Shell, mientras contemplaba sarcástico cómo retiraban el montón de cartas mojadas, en cuyos dorsos se veía claramente la cifra y el color de cada una de ellas, bien visible sobre el dorso rojo.

Tinta invisible, especial. Fluorescente, sólo visible con unas

lentes especiales para luz infrarroja. Podía ver aquellos signos nítidos, que sin duda Turak descubría tras el amarillo de sus gafas talismán... tan claramente como si él también utilizara gafas. Pero su sistema era aún más disimulado que el de Turak. Nadie imaginaría que llevaba lentillas especiales de contacto, transparentes, para ver las cartas con sus signos de tinta invisible.

Ahora la partida estaba equilibrada. E incluso con una leve ventaja que Shell pensaba utilizar en cuanto le fuera posible, con un millón en juego, que era su resto: los cinco naipes ocultos. Cinco naipes de dorso verde.

Su adversario rompió el precinto del mazo de cartas, que ofreció para su examen. Shell domino un suspiro de alivio.

Dorso verde. Esta vez la suerte estaca con el. Esperaba que ya no le abandonase.

Puso unos billetes, los que cubrirían las posturas de envite, hasta que llegase la jugada cumbre en que, a todo o nada, ambos se enfrentasen con un millón cada uno.

Vyza Turak había hecho venir a la secretaria, Mara Kwan. La bella mestiza de China occidental, se presentó con un talonario de cheques contra el First National Bank de Estados Unidos. El eurásico trazó con energía unas letras y cifras. Luego, firmó. Hubo un murmullo, mientras aplicaba un sello seco con su emblema, un escudo imperial asiático, sobre la firma trazada en el talón. Todos pudieron ver la cantidad marcada en el papel:

«Páguese al portador la cantidad de un millón de dólares...».

—Bien, señor Duncan —habló afablemente el eurásico—. Ahí tiene usted mi dinero. Es un pago efectivo que no le discutirá nadie. ¿Vamos allá?

—Sí —asintió Shell, tranquilo—. Vamos allá... Y comenzó la más dramática partida que jamás vieron los invitados de la partida de Vyza Turak, a bordo del *Luxury* o en cualquier otra mesa de juego.

Una partida en la que se cruzaba una suma de dos millones de dólares, a jugarse con cinco simples naipes entre las manos,

virtualmente a vida o muerte...

* * *

Shell Duncan se enjugó el sudor de su rostro lentamente.

Procuraba tener en todo momento la apariencia misma que antes tuviera, bajo los efectos de la misteriosa droga utilizada por la exótica secretaria de Turak en la bebida refrescante. También fingía no recordar ni preocuparse en absoluto de nada relacionado con Lesley Weld, pero no dejaba de pensar en ella forzosamente ya que la muchacha en estos momentos debía de estar furiosa con él, lógicamente irritada y decepcionada, ante lo que imaginaría normal reacción de un hombre voluble, vicioso y sin voluntad. Imagen que la droga pudo presentar fácilmente en él, al anular sus sentidos y despertarle instintos en él que no poseía en absoluto.

El estaba perdiendo.

Perdía jugada tras jugada con Turak. Éste se conformaba con migajas, evidentemente y recogía billetes de mil dólares, sin preocuparse por apostar ninguna vez el millón que constituía su fabuloso fondo o resto de la partida.

Shell también andaba con pies de plomo, cauto y seguro, como si lanzarse alegremente a la aventura con aquella suma ante sí, fuese tarea demasiado grande para él. A veces, cuando Shell o su adversario ligaban una buena jugada, como un ful, una escalera normal o un proyecto de color, las respiraciones se contenían en torno y la tensión de la atmósfera en la *suite* del magnate eurásico se hacía insostenible, cargada de virulencia eléctrica, que casi sacudía los cuerpos.

Luego, súbitamente, todos se relajaban, al llegar el choque de ambos únicos jugadores situados a cada extremo del verde tapete, donde como en un campo de batalla, chocaban únicas fuerzas, representadas en un simple abanico de brillantes, coloreadas cartulinas a *rouge et noir*, como colores simbólicos del azar, del juego, de la ruina o de la fortuna.

La jugada no revestía normalmente trascendencia, ambos jugadores cedían, con una sonrisa y se conformaban con haber cruzado sus invisibles aceros, sin que ninguno de ellos intentase la estocada a fondo, ni ninguno de ellos resultara *touché*, en

consecuencia.

Pero había algo intangible y dramático en la atmósfera del improvisado casino, a bordo del barco de lujo que hacía la travesía transatlántica desde la desembocadura del Hudson hasta la embocadura del Támesis.

Había algo que, insensible y fatalmente, conducía al choque definitivo, e iba aproximando a ambos hombres al embate final. La gente lo presentía. Shell casi podía palparlo en tomo suyo, como un monstruo informe ominoso, que se aproximara a ellos hasta envolverlos.

Nunca perdía de vista las cartas que se daba Turak o las que él repartía. Con el mayor disimulo posible, se fijaba en su valor real. Los dorsos escritos, la trampa ingeniosa y astuta de Turak sobre naipes flamantes eran reveladores siempre. Súbitamente, Shell sintió una rara rigidez dentro de sí cuando comenzó a dar cartas a su adversario y se fue sirviendo a sí mismo. Las suyas no eran nada especial. Solamente un proyecto de *póker*, con tres ases. Posiblemente nunca llegaría el cuarto. Turak sí había cogido una formidable jugada: escalera de color servida.

Escalera formada por el ocho, nueve, diez, *valet* y reina de diamantes. Escalera a la reina. Una jugada colosal. Imaginó la tensión en Turak. Éste miró inmediatamente la primera carta que Shell recibiría. Era un vulgar tres de pique.

La carta inferior era la clave. Turak lo sabía. Shell también. Si completaba su *póker*, él se jugaría el millón. Si no lo hacía se lo jugaría Turak. Si no llegaba el cuarto as, Turak pasaría en negro o haría una puja modesta. Para el gran choque, eran precisos juegos fuertes. Turak contaba con los efectos de la droga. Sabía que Shell Duncan, sometido al efecto del producto químico que le dieran a ingerir antes, se jugaría el millón, teniendo *póker* de ases.

—Servido —dijo Turak, fríamente. Y puso dos billetes de mil en medio de la mesa—. Voy con dos mil, Duncan.

—Bien.

Shell se sirvió lentamente los naipes. El tres de piques... ¡y el as de corazón!

Turak se mantuvo imperturbable, aunque su corazón debió de dar un vuelco. Aquel as le valdría un millón. El lo sabía. Shell, como si todo fuese normal, tomó sus cartas. Procuró mantenerse

inalterable, para no despertar sospechas en Turak. El juego debía de ser muy cauto, muy astuto. Cualquier intención en fingir podía captarla el ladino eurásico.

—Acepto —dijo Shell, depositando sus dos mil sobre el centro de la mesa y añadiendo tres mil más—. Y resto, Turak.

Turak le miró pensativo. Sonrió, poniendo sus naipes en un montón, bajo su mano. Miró las cartas de Duncan, que también Shell cubrió ahora con sus manos. Apoyó el antebrazo en la mesa. De un momento a otro, haría la presión. Aguardó. Turak no dejaría pasar la ocasión del enfrentamiento. Ahora o nunca. Un *póker* de ases y una escalera de color eran bazas demasiado fuertes para eludir el choque.

—Van esos tres mil, Duncan. —Turak hizo una pausa dramática. Luego con un gesto bien estudiado, lanzó el verde talón bancario contra el First National Bank al centro de la mesa de juego—. Y el millón de mi resto.

Hubo un sordo murmullo de estupor. Miradas de asombro, inquietud, tensión sin límites. Todos buscaron con la mirada a Shell Duncan, que se había quedado, al parecer, boquiabierto, como si dudara de la razón del antagonista.

—¿Seguro, Turak? —preguntó, tenso.

—Seguro —sonrió el eurásico—. Un millón, Duncan. Ahora, o nunca. Siempre que usted acepte ver mis naipes, claro.

Vaciló Duncan. Se agitó en su asiento y sus dedos se crisparon sobre las cartas. Todo lo tenía tan perfectamente estudiado, que la ficción fue perfecta. Turak se creyó a pies juntilla su nerviosismo. Y todos los demás también. Incluso Hazel Darrin que, pálida y tensa se inclinó, oprimiendo su brazo con fuerza. —Ánimo, Duncan —susurró—. Si cree que es el momento..., ¡adelante!

Shell Duncan no dijo nada en principio. Continuaba su farsa, como si por un lado una desmedida audacia le empujara a la postura fantástica y de otra, cierta prevención, cierto miedo, le impidiera tomar la decisión final.

Turak, risueño, dueño absoluto de la situación en apariencia, le incitó:

—Vamos, estoy esperándole. Creo que la jugada merece pensarse, pero usted es un hombre decidido. Resuelva lo que hace. No dude más. Pase, si lo cree oportuno. Acepte el millón si eso le

parece más sensato.

Shell aún tuvo una aparente vacilación. Indeciso, pero siempre cubriendo los naipes con su mano, totalmente, sin dejar ver los dorsos, cuyos signos, ciertamente, bien conocía ya Vyza Turak, como fruto de su anterior observación.

Tras un silencio breve pero cargado de tensión, durante el cual todos los presentes, incluidos Vyza Turak, Hazel Darrin y la hermosa y hermética Mara Kwan, mantuvieron una rigidez, una expectación casi agobiante, que parecía saturar de electricidad estática el ambiente, Shell Duncan respondió, calmoso, apacible, con voz fría:

—Un millón, Turak. Acepto.

Y deslizó sobre el verde tapete, con su mano zurda, el verde talón contra el Banco de Inglaterra, por valor de un millón de dólares.

El murmullo se repitió, sordo, para terminar en un silencio de muerte, un silencio tal que pareció formar densas nubes invisibles y caer sobre la mesa, los jugadores y los absortos testigos, en un auténtico lastre agobiante, que contenía respiraciones, cortaba el aliento, enrojecía las mejillas y nublabá los ojos. Alrededor de la verde mesa de juego y la cruda luz vertical que caía sobre los naipes brillantes, como rectángulos de vivo color verde manzana, en contraste con el intenso verde hierba del tapete, sobre la cabeza rapada y lustrosa como esfera de marfil del eurásico Turak y sobre los cabellos oscuros, revueltos, desordenados de Shell Duncan, el hombre que se jugaba un millón de dólares frente a una escalera de color... con un póquer de ases en la mano.

El conocía el juego adversario. Y el adversario, el suyo. Iban de pillo a pillo, de tramposo a tramposo. Shell sabía por experiencia que no se puede hacer juego limpio contra un ventajista. Hay que utilizar sus mismas armas para vencerle. Y eso era lo que él estaba haciendo desde que el antídoto del FBI contra drogas y narcóticos, hizo su efecto sobre su anulada voluntad.

Trampa contra trampa. Truco contra truco. Ventaja contra ventaja.

El momento crucial, cuando Turak clavó sus helados ojos codiciosos y felices en el talón bancario y todos los ojos como hipnotizados, siguieron esa misma dirección, ganados por el poder

magnético de una cantidad de siete cifras, fue el que esperaba Shell.

Oprimió su antebrazo sobre el borde de la mesa, fuertemente. Nadie lo pudo advertir, pero sin apenas un leve chasquido que rozó su epidermis insensiblemente, cinco naipes volaron a sus dedos que, bajo el dorso de la mano protectora, aferraron cinco cartas nuevas, distintas a su póquer de ases, que en cualquier ocasión hubiera sido una jugada maestra..., menos en aquel momento preciso.

Rápido, con limpieza, celeridad y seguro pulso de prestidigitador, cinco naipes diferentes se deslizaron veloces al fondo de la manga y el cierre automático se afianzó sobre ellos, reteniéndolos.

La mano derecha de Shell seguía cubriendo cinco cartas apiladas sobre el verde tapete. Nadie, ni el ser más veloz de intuición y más rápidos ojos, hubiera podido ver nada en absoluto. Ni siquiera sospecharlo. Aparentemente, nada se alteró, nada cambió. Y todo el mundo continuaba con su mirada fija en las cartas de Vyza Turak, el eurásico millonario.

Todo el mundo vio cómo, lentamente, carta a carta, con una parsimonia estudiada, con un sonriente rictus triunfante en sus labios, Vyza Turak fue mostrando su jugada.

Ocho, nueve, diez, *valet* y reina de diamantes...

Un murmullo de estupor recorrió la sala.

—Escalera de color —gimió Hazel—. Perdimos, Duncan...

Shell no dijo nada. Todas las cabezas se inclinaban sobre aquellas cinco cartas mágicas de rojos rombos, una escalera de diamantes a la reina. Una jugada maestra, virtualmente vencedora en cualquier pugna. Nadie podía esperarse superar aquello.

—Lo siento, Duncan —sonrió glacial el eurásico—. No debió arriesgar el millón..., ni aunque hubiera tenido un *póquer* de ases. ¿Lo tiene acaso?

Claro que él sabía que lo tenía. Pero estaba dándoselas de listo, como si adivinara o presintiera la jugada que había incitado a su adversario a jugarse el todo por el todo en un choque decisivo y aniquilador para uno de ellos dos.

Shell sonrió. Volcó sus cartas boca arriba, sin dejar ver el dorso a nadie, al menos en la parte donde la tinta invisible y luminiscente del astuto eurásico, revelaba la identidad de cada carta, cuando les ojos disponían de unos filtros ópticos especiales como era el caso de

aquellas gafas amarillas de su enemigo. O como eran las lentillas de contacto, inapreciables para Turak.

El nueve de tréboles era el primero. Turak pestañeó. No creía recordar aquel naipe preciso, entre las cartas de Shell. Pero pensó que tal vez se había equivocado o no recordaba bien la carta que completaba el póquer ya que lo que le preocupó en todo momento fueron los cuatro ases que harían a Shell lanzarse a la aventura, con dos millones en juego.

La sonrisa de Turak era apacible, segura. Sabía que iba a ver cuatro ases, mostrados con resignada deportividad por Shell Duncan. Cuatro ases que eran insuficientes para vencer a una escalera de color.

Luego, de golpe, Shell hizo un giro con sus dedos y abrió en abanico los cinco naipes. Hubo un auténtico rugido de estupor, de incredulidad, de asombro sin límites, en torno a la mesa de juego.

Nueve, diez, *valet* y rey de tréboles.

Escalera de color. Pero al rey. Superior a la de Turak. Por una sola carta. Pero superior. Era la baza ganadora.

Turak soltó una imprecación sorda, entre sus labios tirantes. Una incredulidad inmensa puso un gesto estúpido en su cara habitualmente llena de astucia. Los ojos se dilataron, tras los vidrios amarillos.

—¡Victoria! —jadeó Hazel Darrin, atónita—. Hemos ganado, Duncan.

—Sí —sonrió Shell—. Todo dependía de cuál fuese su escalera. Si era al as, estaba perdido. Pero sólo fue a la reina. Coincidieron dos grandes jugadas, Turak. Lo siento de veras, pero esta vez he sido yo el más afortunado. Otra vez será...

Vyza Turak no dijo nada. Pero estiró su mano, rápido. Dio un vuelco a las cartas de Duncan, contemplando inquisitivo el dorso. Luego, sus almendrados ojos se fijaron, penetrantes, inquisitivos, en Shell, mientras los labios eran una prieta, delgada línea.

El federal sonreía burlón, retirando los billetes, el talón bancario, que devolvió ceremoniosamente a la dama. Y luego, agitando el otro, también se lo entregó a Hazel Darrin, señalando:

—Señora, hágalo efectivo en Londres. Me debe medio millón. Ya me lo pagará allí.

—Cuente con él —rompió ella su propio talón en menudos

fragmentos que lanzó al aire, con una sonrisa triunfal. Luego dobló cuidadosamente el talón de Turak, que guardó en su bolso de piedras refulgentes. Miró a Duncan—. Se lo dije, Shell. Ganaría usted. Era mi corazonada.

—Lo cual quiere decir que ganó su apuesta. Y debo acompañarla en Londres, día tras día —Duncan sacudió la cabeza—. Lo siento, señora. Renuncio a mi medio millón, pero no puedo ocuparme de acompañar a nadie.

—Duncan, eso sería faltar a la palabra dada, no cumplir los términos de una apuesta —le avisó ella fríamente. —Lo lamento. Ya le dije que, a cambio de eso, renuncio a mi medio millón. Es todo.

—¿Tan poco agradable le resulta la idea de ser mi acompañante? —Se irritó ella.

—No es eso. Es que hay otra mujer a quien debo acompañar todos los días..., porque voy a casarme con ella apenas llegue a Londres. ¿Lo comprende ahora, señorita Darrin?

—Sí —ella humedeció sus labios airada—. Está bien, haga lo que le parezca. No voy a exigirle que sea mi pareja, con una pistola en la mano.

—Por supuesto. Además de tonto, sería completamente inútil —Shell se incorporó. Saludó irónico a Turak—. Caballeros... Me retiro a descansar. Ya es tarde. Veremos si logro reconciliarme con mi prometida...

Vyza Turak alzó la mano en hierático saludo. Su gesto era glacial, su mirada cruel y despiadada:

—Le felicito, Duncan. Es usted un gran jugador. Tiene mucha suerte... y mucha inteligencia. Cometí un error imperdonable, ¿sabe?

—¿Cuál, Turak?

—No valorarle en su justa cotización. Lástima... Esto no hubiera ocurrido.

—Seguramente no —Shell sonrió, burlón—. Sus gafas, por esta vez, no fueron suficientes como talismán, no hay duda.

—No hay duda —convino altivamente Turak, incorporándose antes que él y retirándose con una fría, ceremoniosa inclinación, dirigida a todos los invitados. Mara Kwan, tras una mirada indefinible al agente federal, le siguió, cerrando la marcha.

CAPÍTULO VII

ORDEN DE EJECUCIÓN

Probó por tercera vez.

Igual. Todo era inútil. Lesley no abría la puerta del camarote.

—Lesley, por favor... —insistió Duncan, con voz grave—. Abre, te lo ruego...

Nada, ni respuesta. Irritado Duncan no intentó probar más tiempo. En vez de ello se movió hasta el ojo de buey del camarote. Tenía casi corridas las cortinas. Pero no totalmente.

Tomó una lámpara eléctrica diminuta de su bolsillo. Era un vulgar lápiz metálico de tres colores. Pero pulsando el rojo, aparecía un delgado y brillante chorro de luz, de sorprendente intensidad y alcance. Con él llegó hasta el fondo del camarote en sombras, por entre las cortinas a medio correr.

Lanzó una imprecación.

Lesley Weld estaba allí dentro. Al fondo, sobre su lecho. Pero cruzada sobre él, con la cabeza caída, su rojo cabello arrastrándose, barriendo materialmente la alfombra del camarote. A su lado, un frasco abierto, tabletas por los suelos...

Rápido, cambió la luz por un juego de llaves maestras, plegadas, que colgaban de su llavero normal, para ocultar dentro de lo que parecía un simple colgante del llavero, una moneda de plata de dólar, que se abrió en dos, dejando surgir el juego de diminutas y precisas llaves maestras, mas un pequeño destornillador especial y un electroimán para puertas accionadas por sistemas magnéticos especiales.

Probó dos llaves inútilmente. La tercera sí resultó y Shell

Duncan pudo penetrar en el camarote. Cerró tras de sí, dio la luz y corrió hasta donde yacía Lesley. La tendió con rapidez, normalmente, comprobando su profunda palidez, su estado tóxico. Comprobó que las tabletas eran barbitúricos para dolores y estados nerviosos. Se había debido tomar un puñado de ellos y estaba al borde de la muerte.

No llamó al médico de a bordo ni a los equipos sanitarios. Todo eso no haría sino provocar escándalos inútiles. Él personalmente, se ocupó de Lesley.

Le hizo ingerir una fuerte dosis de un polvo color siena que llevaba dentro de otro de los singulares cigarrillos de su pitillera de oro. Los pasó Lesley con un trago de agua, al tiempo que inyectaba el contenido de un tercer cigarrillo en su vena.

Una diminuta aguja hipodérmica, incorporada a la dosis antitóxica realmente poderosa, producto de los laboratorios del FBI en Washington, sirvió para introducir el líquido en la sangre de la muchacha. Al mismo tiempo, unas arcadas, unos espasmos, violentos, forzaron a la inconsciente Lesley a vomitar. Eran los polvos siena que hacían su efecto, convulsionando el estómago y vísceras de la joven, lanzando fuera de su ser el tóxico letal, en momento oportuno, gracias en parte a que él había llegado muy a tiempo y en parte también, gracias a la formidable resistencia física de la muchacha. Eso, al margen del gran poder clínico de aquellas super-drogas, creadas por los cerebros químicos de los laboratorios especiales del *Federal Bureau of Investigation*.

Le resultaba inexplicable que Lesley hubiera llegado a cometer aquel acto voluntariamente, pero dentro de la habitación no parecía posible que nadie hubiese penetrado para cometer un crimen así. Además, si sus sospechas resultaban ciertas, ellos no desearían la muerte de su joven víctima futura. Y Shell Duncan tenía una cierta idea sobre la clase de personas que podían ser «ellos».

Aguardó pacientemente a que ella se recuperase. No tenía prisa. La partida había sido larga, casi interminable, a juzgar por la hora que era ya. Pero el sueño, el cansancio o cualquier otra manifestación semejante, había huido de Shell al descubrir a la joven en aquel estado.

Evocó el ataque de que fuera víctima la noche antes, en la cubierta del *Luxury*. Eso le había hecho recordar inmediatamente

las palabras del inspector Crosby, en Nueva York. Y lo de ahora, unido a todo aquello, parecía formar un todo común y significativo, las muchachas que viajaban a bordo del transatlántico, tenían por destino Europa. Y una futura y nueva convención de belleza, para elegir una Miss Belleza Universal. Todo era fachada. *Eros Inc.*, si no era la organización tenebrosa que estaba tras de todo ello, servía de vehículo a los traficantes de mujeres, que escogían sus víctimas entre sus listas. Lesley figuraba destacadamente en ésta por méritos propios, era obvio.

Y él, un intruso en el juego, un factor inesperado, con su repentino amor por Lesley, era el obstáculo a eliminar. El estorbo incómodo que pretendían borrar del camino.

Shell tuvo todavía sentido suficiente del humor como para dibujar en sus labios una dura sonrisa, una acerada mueca de agresividad. Bien. ¿Querían batalla? Iban a tenerla. El hombre que se cruzó en el camino de Lesley, por juego del destino —o de Crosby, para ser exactos—, no era mi turista americano vulgar. Y eso sí que no podían ellos imaginarlo. O acaso lo empezaban a sospechar así, tras su partida con Vyza Turak.

Porque, evidentemente, el magnate eurásico formaba parte del mosaico criminal. De eso no cabía duda alguna. Una droga para él, otra para Lesley... A él, esperaban aturdirle, eliminarle acaso tras la partida de naipes o en ella misma. Y les había salido respondón. Por otro lado..., en otra droga especial, estaba acaso la clave del comportamiento de Lesley.

Se inclinó. La examinó más atentamente. Alzó sus párpados, estudiando la dilatación de sus pupilas. La sospecha se confirmaba. Su reacción de celos, violenta e inesperada, en la *suite* de Turak, el posterior intento de suicidio, absurdo a todas luces... La droga. Con la copa de champaña, algo había llegado a anular la auténtica voluntad de la muchacha, convirtiéndola en un ser irritable, hipersensible. Y propensa a cualquier reacción imprevista. Incluso al suicidio, cosa que ellos sin duda no llegaron a prever.

De súbito, el hilo de pensamientos de Shell se interrumpió. Ella había abierto los ojos. Le miraba, profundamente sorprendida.

—Shell... —jadeó—. ¡Shell, tú aquí, en mi camarote!...

—Es largo de contar —murmuró Duncan—. Te encontré inconsciente, pude forzar la entrada y te administré un antídoto. Te

habías intoxicado. Lesley. ¿Por qué hiciste tal cosa?

—Oh, Shell, Shell, cariño... No lo entiendo. ¡No sé lo que me ocurrió! ¡No puedo entender nada de cuanto ha sucedido esta noche, pero tengo miedo! ¡Tengo miedo! —Y estalló en sollozos, precipitándose en brazos del agente federal, como si buscara en ellos de modo desesperado, un consuelo y una protección.

—Vamos, cariño, vamos —la confortó él suave, dulcemente—. No tienes ya nada que temer. Nada que temer...

Y comprendió que sus deducciones habían sido bien ciertas.

* * *

Shell Duncan contempló el nuevo día azuleando el cielo sobre el transatlántico. Encendió otro cigarrillo y paseó por el camarote de Lesley Weld.

Ella aparecía ya algo más tranquila. Serena, con un suave tono de color en sus mejillas, con ojos limpios de llanto, mirando profundamente sorprendida a Shell.

—De modo... que eres un agente del Gobierno —musitó a flor de labios.

—Sí, eso es —convino él con voz grave.

—¿Estás en este barco acaso por motivos profesionales, solamente para protegerme a mí y a otras chicas de..., de ese presunto peligro de que hablaste? —Había cierto temor en su voz.

—No, Lesley. Eso no. Esta vez es un auténtico viaje de placer. Nuestro encuentro, puramente casual. O poco menos. Y, desde luego, nada más lejos de mi ánimo, cuando me acerqué a ti, que hacerlo por motivos profesionales.

—Shell, sería horrible que todo cuanto me dijiste fuese fingido, parte de una misión oficial, o cosa así... —se quejó ella, estremecida.

—¿Cómo puedes pensarlo? —se lamentó Duncan—. Todo es cierto. Iremos ahora, apenas sea media mañana, a ver al capitán. Nos casaremos definitivamente. Serás la señora Duncan. Y no va a ser fácil que nadie te haga daño. Estoy dispuesto a todo con tal de protegerte de ellos.

—Pero Shell, no puedo imaginar nada así. Me hicieron *Miss Miami Beach*, me han convertido en una muchacha famosa, con un

porvenir... ¿Por qué habría de haber algo más sucio y oscuro en todo esto?

—Porque muchas veces los concursos de belleza no son sino eso, escaparates para exhibir una bella mercancía. Cuando están en juego intereses de gentes sin escrúpulos, todo se puede hacer. La propia fama ganada por unas modelos, valora a éstas, de cara a unos compradores tan viles como quienes raptan y venden a las jóvenes. Es un delito que existió siempre y que la vida actual, con su progreso, facilita incluso.

—Shell, tengo miedo. Más miedo que nunca...

—No debes tenerlo. Pensaron que yo era solamente un turista vulgar, un americano estúpido y caprichoso, fácil de eliminar. Creo que ahora empiezan a darse cuenta de que las cosas no son como ellos imaginaban.

—¿Qué podemos hacer para escapar a su influencia, Shell? Si son tan poderosos, tendrán gente a su servicio en muchos lugares del mundo...

—Sí, en muchos. En todo el mundo, prácticamente. Aquí, a bordo de este mismo instante. Anoche vi caer al mar a dos de sus agentes. Uno era ese fotógrafo, Doc Wallace.

—Dios mío, no es posible —tembló ella angustiada.

—Vaya si lo es. Me atacaron y salí bien librado. Eso es lo que había sucedido cuando tú volviste del tocador y observaste algo raro. Pero no estarían solos dos simples esbirros. Habrá agentes de más autoridad. Gente como ese Turak y su secretaria.

—¿Ellos también...?

—Sí, ellos también —asintió Shell fríamente—. Y puede que haya alguien más, no puedo saberlo. Al salir de aquí para ir a ver al capitán enviaré un radiograma al FBI. Necesitamos ayuda. Anoche mientras me atacaban en cubierta, un helicóptero sobrevoló el transatlántico. Estoy seguro de que venía por alguna razón. Y no andará lejos de nuestra ruta. Le bastará aprovisionarse de combustible, para seguimos a prudencial distancia. En cualquier momento adecuado, ellos emitirán un aviso a tierra, desde allí enviarán al helicóptero... y es posible que si las cosas se ponen feas, piensen en impedir que lleguéis a Londres. Especialmente aquellas chicas que más cotización tengan en su infame negocio.

—Shell, ¿qué piensas hacer, entonces?

—Ya te lo dije, no separarme de ti un momento. Por nada del mundo, hasta que seamos el señor y la señora Duncan, legalmente. Y aun entonces, hasta alcanzar Europa, protegerte con todas mis fuerzas. Y las del FBI conjuntamente. Verás cómo no logran sus propósitos entonces, Lesley.

—Oh, Shell, de no ser por ti... —musitó ella, rodeándole con sus brazos, puesta de rodillas en el borde de su lecho—. No sé lo que hubiera ocurrido. Este viaje terminaría para mí en la muerte, en el horror...

—Para ti y para otras. Pero por la atención «especial» de que hemos sido objeto por parte de Vyza Turak, ese astuto eurásico, me temo que tú..., tú eres presa codiciada muy particularmente por los mercaderes de belleza femenina, cariño.

—Dios mío... —Se estremeció Lesley Weld, con ojos muy abiertos y expresión de terror.

—Pero olvídale. En tanto yo esté en condiciones de luchar, nada va a sucederte... —suspiró Shell. Observó que la claridad en el exterior era ya más intensa, de un azul pálido y límpido. Respiró hondo y aplastó el cigarrillo en el cenicero—. Ahora voy a ver al capitán. Cierra tu puerta. No abras a nadie, hasta comprobar que soy yo mismo. Asegura la entrada con tu propio baúl. No te dejes engañar por persona alguna que no sea yo, ¿entendido? No admitas ningún pretexto.

—Sí, Shell. Lo haré como dices —prometió ella, preocupada—. ¿Tardarás mucho?

—Unos minutos tan sólo. Expondré al capitán las circunstancias. Solicitaré una boda inmediata, en toda regla. Y enviaré el mensaje cifrado, urgente, al FBI en Washington y a nuestros agentes destacados en Londres. No debemos olvidar un solo detalle, Lesley. Estamos metidos en un juego peligroso...

La besó con fuerza. Ella le oprimió en un abrazo de intensa emoción. Luego, Shell Duncan se ausentó rápidamente. Lesley cerró con el pestillo de seguridad, apoyó el baúl armario con sus pertenencias y se sintió más tranquila.

Shell no lo estaba tanto, cuando iba con rapidez pasillo de camarotes adelante hacia la cubierta, para entrevistarse con el capitán del *Luxury*. Sabía la clase de adversarios que se enfrentaban a él. Gente poderosa, de grandes medios económicos y ningún

escrúpulo. Antes, ellos estaban a oscuras respecto a él. Ahora, tras la partida en que Vyza Turak fuese burlado tan astutamente, los traficantes de belleza sabrían positivamente que el americano Shell Duncan no era nada fácil de manejar. Y actuarían en consecuencia. Esa era lo que le preocupaba.

Y tenía sus motivos para ello. Shell nunca valoraba por bajo a un adversario. Hacía muy bien. Conocía la fuerza y capacidad de reacción de cierta clase de enemigos.

Cuando giró el corredor, para alcanzar la cubierta, un camarero de a bordo pasó junto a él y le saludó respetuoso, siguiendo su camino. Otro estaba sacando un servicio de un camarote de lujo. En la puerta, descubrió a uno de los personajes de la partida de naipes, acaso el más importante para él tras su adversario, Vyza Turak, el tramposo.

Se trataba de Hazel Darrin la viuda millonaria. Estaba envuelta en una bata de seda, con dragones bordados, posible recuerdo de algún viaje al Lejano Oriente. Le sonrió desde la entrada de su camarote, frívolamente, con cierta fría animosidad en sus hermosos ojos.

—Buenos días, señor Duncan —saludó con frialdad—. ¿Se le ha perdido algo por este lado del barco? ¿Tal vez... medio millón de dólares?

—No —negó Shell—. Solamente una novia de quien despedirme hasta más tarde, señorita Darrin...

Siguió adelante, sin apenas hacerle caso. Ella se limitaba a mirarle, burlona y agresiva. De súbito, el camarero tropezó, derribando el servicio al suelo, delante de él. Se disculpó con una lamentación. Shell paró instintivamente en seco. Miró al torpe camarero y a la dama millonaria. En el acto presintió algo.

Giró la cabeza, con sobresalto. Muy a tiempo.

El camarero que se cruzara silenciosamente con él, se le venía encima, esgrimiendo un objeto contundente, extraído del interior de su corta chaquetilla blanca, con galones dorados. Una porra o cilindro de goma, que se disparó hacia su cabeza, con brutal impacto.

Shell lo evitó y disparó sus poderosos brazos musculosos, aferrando al camarero con una experta llave que le arrojó contra su compañero, cayendo ambos en confuso grupo, justo en el instante

en que el camarero aparentemente torpe, había intentado actuar a su vez, con un fino y delgado objeto punzante, como un cortapapeles, dispuesto a clavarlo en el cuerpo de Shell. El objeto de acero mostraba una sustancia oscura, embadurnando su punta, posiblemente veneno, o alguna droga desconocida para Shell...

Deshacerse de ambos camareros fue cosa de escasos segundos. Hazel Darrin, en el umbral de su camarote, parecía asombrada, fascinada por lo que sucedía, como si no pudiera entender aquella repentina violencia entre un pasajero americano y dos vulgares camareros. En su mano derecha, empuñaba una boquilla larga, de ámbar y plata, con un cigarrillo. La llevó a los labios, pensativa, como estupefacta y pareció aspirar, fumando...

Shell Duncan, tras el rápido instante de acción, sintió que sus reflejos y su intuición le avisaban de un desastre inminente. Trato de evitarle, luchando ya contra reloj. Era tarde.

Hazel Darrin no era testigo casual del ataque. Formaba parte de él.

Y con ella, la larga boquilla de aire exótico. Todo muy hábil. Y muy práctico.

Duncan sintió contra su cuello el alfilerazo, el impacto como del aguijón de un invisible insecto. Comprendió que la cerbatana había actuado en el acto. Cuando ella fingió succionar tabaco de su boquilla lo que hizo fue soplar, disparar algo, contundente y seco.

—Maldita víbora... —jadeo dándose un manotazo en la garganta, donde fuera herida.

Trató de ir hacia ella. Avanzó unos pasos, viendo como si flotase ante sí, una simple mascara sardónica en el vacío, el rostro de la hermosa millonaria. Trató de aferrarla, alargó los brazos en estéril esfuerzo y el rostro de la dama giró y giro vertiginosamente. Desesperado, Shell cayó de bruces, golpeando el suelo del corredor, junto a los servicios rotos por el camarero que fingiera torpeza.

Quedó inmóvil en el acto. Rápida, Hazel Darrin hizo un gesto. Los camareros se incorporaban ya, aturridos. Introdujeron a Shell, arrastrándolo hacia el camarote de la dama. Ésta les contempló fríamente. Una vez oculto Shell en el interior, los camareros se pusieron a recoger la vajilla.

Se abrió frente a Hazel Darrin la puerta de otro camarote. Asomó Gregory Bannister, el multimillonario americano del

petróleo. Contempló, ceñudo, el destrozo, somnolienta su expresión, arrugado el pijama de seda. Luego, sonrió, algo forzado, al ver a Hazel enfrente.

—Me despertó ese ruido —gruñó—. Es imperdonable que cometan esos descuidos.

—Ciertamente, señor Bannister —asintió ella, risueña—. A mí me sucedió igual. Actualmente, el personal de estos barcos deja mucho que desear...

—Les ruego nos disculpen, señores —murmuró, humilde, uno de los camareros—. Fue un resbalón y...

—Está bien, está bien —cortó con aspereza Bannister—. Procuren que no suceda más, o me quejaré al capitán.

—Digo lo mismo que el señor Bannister —apoyó con severidad la dama—. No molesten más.

Hizo un cortés saludo, con su mejor sonrisa, al magnate del petróleo. El correspondió al gesto de la rica y caprichosa dama y se cerraron ambas puertas. Los camareros se miraron entre sí, risueños. Luego, se alejaron presurosos, satisfechos tras la misión cumplida.

Dentro del camarote de Hazel Darrin, la millonaria esposaba cuidadosamente muñecas y tobillos a Duncan. Le contemplaba fijamente, con expresión de vivo interés.

—Bien, señor Duncan —murmuró con voz helada—. Ha resultado difícil de abatir, pero al final se consiguió. Ahora, a por su bella damita. Para ella hay planes especiales. Para usted, mi atractivo y astuto amigo..., ¡orden de ejecución!

CAPÍTULO VIII

TRAVESÍA HACIA LA MUERTE

Una noche más.

Pero ésta era definitiva. Definitiva para los traficantes de hermosas damas. *Eros Incorporated*, tenía una vez más triunfos en su mano.

Shell Duncan entendió eso lenta, trabajosamente, el ronroneo de motores, descubrió el negro cielo de la noche a través de los cristales de las ventanas y fue recordando, fría y ordenadamente, cuanto sucediera al amanecer, con las primeras lívidas claridades del día.

Ya no estaba a bordo del *Luxury*. Aquello era un avión y volaban a buena velocidad a juzgar por sus impresiones personales. Los motores eran dos. Roncaban suavemente. Un bimotor privado, sin duda. No era una cabina muy amplia, pero tampoco la reducida de un helicóptero.

Miró en tomo, pensativo. A la luz artificial de la cabina, descubrió a los tres silenciosos individuos de tez bronceada. Dos de ellos le resultaron fáciles de identificar: los camareros de la clase de lujo. El otro le era desconocido. La puerta de la cabina se abrió, al golpear en ella de modo convenido uno de los sentados acompañantes que le escoltaban. Asomó Hazel Darrin, vestida con pantalón y chaqueta larga, al estilo oriental. Fumaba un cigarrillo con larga boquilla, esta vez auténtico todo.

—Buenas noches, señor Duncan —saludó risueña—. Largo y feliz sueño tuvo. Casi quince horas de descanso. ¿Tuvo hermosos sueños durante ese período?

—No recuerdo ninguno —bostezó Shell con frialdad—. Su droga, señorita Darrin, no produce sueños, según parece.

—Lo lamento. Habrá que mejorarla en lo sucesivo. Es rápida y eficaz, pero no sé puede pensar en todo. Bien, señor Duncan, si desea comer algo o beber..., pídale. Esto no es el comedor de la clase de lujo del *Luxury*, pero haremos lo posible por servirle bien. Un condenado a muerte, tiene derecho, como mínimo, a su última cena. Y que ésta sea excelente.

—Agradecido. Pero no tengo apetito. Todavía no.

—Debe apresurarse en sentirlo —rió ella—. O será demasiado tarde para probar bocado. Su tiempo se acaba...

—Lo imagino. ¿Dónde estamos, exactamente? Un condenado creo que puede saber cosas así...

—No hay inconveniente en informarle —suspiró ella—. Volamos hacia Europa. Hemos sobrevolado ya las Azores, hace casi dos horas. Este avión no es un reactor comercial, de modo que vamos algo despacio.

—¿Adonde me llevan?

—A usted, a ninguna parte. Será ejecutado cuando avistemos Inglaterra. Y arrojado al mar. Es la orden recibida. —¿La orden? Creí que usted era quien las daba. ¿Su jefe es acaso Vyza Turak, su supuesto enemigo en la ingeniosa y espectacular partida de naipes?

—Nada de eso —cortó ella, glacial—. Vyza Turak es miembro de nuestro consejo de dirección, señor Duncan. Naturalmente, se van a tomar con él duras medidas. Fracasó en todo. Hasta como jugador. Y jugaba dinero de la sociedad, no suyo. Creo que tendremos que eliminarlo pronto. Como a usted. Pero él será juzgado y ejecutado en la isla de Eros...

—Vaya... ¿Existe esa mitológica isla en alguna parte aún, señorita Darrin? —dudó Shell.

—Es nueva —rió ella—. Tenía antes un nombre mucho más feo. Eros es un nombre hermoso.

—Registrado comercialmente por *Eros Incorporated*, ¿no? —se burló Duncan.

—Usted sabe muchas cosas, señor Duncan —habló ella—. Es natural. Un agente del FBI debe tener recursos para todo. Me costó averiguarlo Su identificación especial, oculta en su calzado, me dio la clave. Entendí entonces la clase de enemigo que era.

—Pudo ejecutarme durante mi sueño. ¿Por qué esperó tanto?

—No hay prisa excesiva. Se hará al avistar Europa. Es la orden. Yo siempre obedezco.

—*Eros Incorporated*, perfecta sociedad, donde reina la disciplina —recitó Shell.

—Eso es. Por eso llegamos siempre lejos. Aun con gente como usted por medio.

—¿Van a su «*isla de Eros*» en este momento?

—Es el fin de nuestro viaje, sí —afirmó ella, risueña—. Lástima, señor Duncan. Un hombre como usted, a nuestro servicio... Hubiera sido ideal.

—Pero no podía ser, señorita Darrin. Tenemos diferentes ideas sobre muchas cosas —frunció el ceño—. ¿Y... Lesley?

—Ella viaja a bordo. Con sus cuatro damas de honor —rió Hazel, burlona—. Todas hacia la «*isla de Eros*». ¿Comprende?

—Comprendo —murmuró Shell, sombrío. Se estremeció—. Pobres muchachas...

—Son simple mercancía para nuestra sociedad. Si se quiere ganar dinero, no hay que tener sentimientos ni sensibilidad, señor Duncan. Nuestro mundo es despiadado, feroz.

—Ustedes son despiadados y feroces, no el mundo —cortó Shell acremente—. Imagino que no existe medio posible de..., de impedir que Lesley...

—Ninguno —cortó ella—. Vale una fortuna. Es la preferida de varios clientes inmensamente ricos. Habrá puja por ella. Quien más pague, tendrá el honor de albergar a Lesley en su harén...

Shell encajó las mandíbulas. Sus manos esposadas, sus tobillos. Sintió por dentro una helada ira impotente. Observó que muchos adminículos suyos para luchar contra enemigos difíciles, le habían sido arrebatados minuciosamente.

Hazel Darrin pareció entender sus pensamientos. Soltó una breve carcajada.

—No se esfuerce, Duncan —murmuró—. Hemos comprobado que llevaba ingenios muy peligrosos y realmente eficaces. El FBI le dotó de un curioso arsenal que nosotros hemos destruido, por supuesto. No puede romper sus esposas ni abrirlas mágicamente con truco alguno. Los agentes actuales poseen recursos muy inteligentes y nosotros sabemos pensar en ello. Apenas supimos que era un

agente federal especializado en contraespionaje, le revisamos a fondo. No busque nada en sus ropas. No lo hay.

Shell no replicó. De sobra había advertido eso. Hasta un botón de su americana, el superior, había sido arrancado. Habitualmente, llevaba en él una carga concentrada de un explosivo. No dejaron nada en sus ropas, era cierto.

Pero no habían podido revisarle a él. A su físico, a su cuerpo, salvo como puede recorrerse un cuerpo desnudo de modo normal. A fin de cuentas, no podían pensar que Shell Duncan fuese una especie de *cyborg*, o un hombre-robot. Y no lo era. Pero había algo aún, encima de sí, fuera de sus ropas. Algo en lo que nadie pensó.

—Recuerde que dentro de una hora, aproximadamente, avistaremos Europa —dijo Hazel Darrin—. No espere demasiado si quiere hacer su última cena con cierto decoro. Ése es todo el tiempo de que dispone.

—Gracias —musitó él—. Quisiera tomar algo ligero. Dentro de diez minutos. Y quisiera... ver por última vez a Lesley. ¿Es ello posible, señorita Darrin?

—El deseo postrero del condenado —ella rió levemente. Afirmó—: Conforme. No quiero que deje este mundo diciendo que soy demasiado cruel...

Shell observó, al retirarse ella, que Johnny Adonis, el hermoso «apolo» de competiciones, estaba sentado también allá, en la inmediata cabina de la avioneta, con las manos a la espalda. Otro prisionero. Recordó lo que dijera Hamilton Crosby, aquella gente traficaba con los bellos ejemplares humanos, de cualquier sexo. El arrogante *Míster Apolo*, no se iba a librar de la suerte de ser vendido como esclavo en Oriente Medio, por *Eros Incorporated*.

Se quedó solo con los tres servidores de la organización criminal, que comenzaron a hablar entre sí, mientras él permanecía en silencio, confinado en aquel avión desde el que sería arrojado al mar, tras la ejecución.

No había posibilidades de triunfo. Ninguna, en apariencia. Una sola, para ser sinceros. Una posibilidad que Shell iba a apurar al máximo. Y estaba en su boca. Justamente en su boca...

La lengua tocó suavemente el paladar, la dentadura... Tras ésta, en la parte alta de su cavidad bucal, se ajustaba un falso paladar de ligero material flexible. No molestaba, cuando uno se habituaba a

llevarlo. Era el último truco. El desesperado juego final de un hombre sin otros recursos mejores.

Y lo iba a utilizar. Diese el resultado que fuere...

* * *

—Sus diez minutos pasaron —dijo Hazel calmadamente—. Shell Duncan, diga lo que desea cenar. En cuanto a Lesley Weld..., aquí la tiene.

Lesley entró en la cabina. Shell la contempló, con ojos sombríos. Se suavizó su duro rostro. Ella sollozó al verle.

—Shell... —gimió—. Shell, no pude evitarlo. Fingieron tu voz. Yo abrí...

—Está bien —musitó él roncamente—. No digas nada. No tiene importancia ya. Fue mi culpa, no la tuya, Lesley, cariño...

Su voz sonaba opaca, pero la emoción y la ira parecían producir ese efecto. No chocó a nadie. Hazel contemplaba sonriente la escena. Lesley, esposada, era la viva imagen del dolor y la desesperación. Conocía su destino. Y la suerte de Shell, sin duda alguna.

—Oh, Dios mío, tendría que ocurrir algo, un milagro —gimió ella—. ¡Esto no puede suceder, Shell, mi amor!

—Un beso, Lesley —murmuró él—. Al menos..., un beso. No puede negármelo, señorita Darrin.

—Patético —la dama enarcó, burlona, sus cejas y afirmó con la cabeza—. Concedido. Lesley, vaya a besar a su esforzado caballero andante. Es su despedida. El final de todo. Sea breve. Empiezo a cansarme de todo esto.

Lesley se precipitó sobre Shell, le cubrió de besos. Shell buscó su boca, la besó. Luego su mejilla, su cabello, su oreja... Habló rápido, junto a ésta:

—Levántate. Ve a la salida de la cabina. Contén la respiración cuanto puedas. No tomes aliento, no hables. Recuérdalo. Es importante. «Muy» importante.

Ella lo entendió. Ni asintió o negó. Con ojos llorosos, abiertos, asombrados, se incorporó y fue hasta Hazel Darrin. Con un sollozo, aspiró aire, tomándolo con fuerza. Miró a Shell, se puso más allá del umbral de la cabina...

Entonces, Shell escupió aquel doble paladar flexible, tras un mordisco rápido y violento en su doble lámina.

Brotó una vivísima llamarada y un humo acre se elevó del fragmento metálico flexible, lanzado al suelo de la avioneta. Hubo gritos, sofocos, carreras. El humo envolvió a Shell, que no respiraba. Toses y gemidos sonaron en torno. Logró incorporarse, sujeto por las esposas. Aferrado a las paredes de la cabina, alcanzó a los que tosían, los tres esbirros de Hazel Darrin. Les abatió con tres secos impactos de sus muñecas esposadas, en la nuca.

Pasó junto a Hazel Darrin, siempre ayudándose, caminando a saltos sobre sus esposados pies, para no caer. La abatió también, de un mazazo brusco y arrancó de su cintura una pistola automática una «*Luger Parabellum*», de calibre pesado.

Salió a la otra cabina, tratando de aferrar a Lesley Weld y atraerla hacia sí. Y el piloto y copiloto de la avioneta. A Johnny Adonis, el bello apolo masculino...

Pero Johnny Adonis le encañonaba con una automática, sujetando contra sí a Lesley Weld y controlando la situación. Ya el copiloto, armado también, se volvía hacia ellos. De la cabina anterior, seguía brotando humo acre, irritante en sumo grado.

—Muy ingenioso, Duncan —silabeó con voz fría, dura y viril, el hombre que fingía ser un hermoso y superficial adonis de belleza exhibicionista—. Creí que le habíamos quitado todo. Veo que conservaba aún una carta encima. Tan hábil como en la mesa de juego, ¿no? Pero no le sirvió de nada. Si dispara, mataré a Lesley, si usted no lo hace antes. Y no ganará nada. Está perdido, dese cuenta.

—De modo que está con ellos, no con nosotros —silabeó Shell—. No pude imaginarlo...

—¿Con ellos? —rió Johnny Adonis—. Tengo que estarlo, Duncan. Hazel Darrin, Vyza Turak y otros..., no son sino grandes accionistas. Jefes superiores, sí. Pero el supremo... soy yo. Mi nombre clave es Eros Uno, ¿entiende? El amo. El jefe. El superior a todos.

—Vaya... Debí entenderlo así. Su aspecto me engañó. No es un apolo hecho de músculos solamente, sino un inteligente y astuto actor... Tiene cerebro.

—Sí, tengo cerebro. Y si usted lo tiene, tirará esa arma. Está perdido.

—Lo sé —sonrió Shell duramente—. Estoy perdido. Y ella lo está. De modo que no tengo nada que perder. No voy a soltar el arma. Disparen. Pueden matarme. Pero yo mataré a Eros Uno... y a algunos más. No pueden evitarlo.

—¡Matará también a la chica! —replicó el jefe de la organización—. Y Lesley Weld va a vivir, allí adonde vaya. Nadie pensó en matarla.

—Shell, no les escuches —musitó ella—. Prefiero cien veces morir, antes que ese horrible destino que me aguarda. ¡Lucha, lucha, por Dios!...

Shell afirmó, glacial. Se puso apoyado en el muro de la cabina.

—Sí, Jonnny Adonis —susurró—. Lucharé. Voy a luchar hasta morir cuanto sea posible. Yo, ustedes... e incluso Lesley. Vale más morir que sufrir cierta suerte atroz. Entiendo a Lesley y me alegra que ella lo entienda así también. Empezamos a disparar ya. ¿No, Adonis?

El terror, el miedo a la muerte, asomó al rostro del bello joven que ocultaba su frío y lúcido cerebro tras su continente musculoso y duro.

—Cielos, Duncan, está loco... —jadeó.

—Sí, estoy loco —rió Shell, con frialdad—. El que no tiene nada que perder, hace locuras. Ése es mi caso... Decida pronto, amigo. En ese momento, el copiloto atendía un mensaje radiado que llegaba por sus auriculares. De súbito palideció. Dejó su pistola encima de los instrumentos de radio. Se volvió a Adonis, sobresaltado.

—¡Dios mío, patrón! —jadeó—. Es..., es un mensaje del FBI.

—¿Qué? —rugió Adonis, furioso y sorprendido—. ¿Qué tontería es ésa?

—El FBI —insistió el copiloto y radioescucha—. Tienen seis aviones sobrevolando esta zona. Tres de ellos son británicos. Nos han seguido desde el *Luxury*. Estamos bajo control. Si Duncan no responde utilizando su código cifrado especial, van a abatirnos en cualquier momento...

—¡No es posible! —aulló Adonis, lívido—. ¡Nadie sabía nada de esto!

—Parece que el FBI lo sabe —rió Shell— No entiendo cómo..., pero lo sabe. Esas instrucciones sólo pueden ser obra de agentes especiales del FBI, Adonis. Creo que han perdido la partida...

definitivamente.

Johnny Adonis debía pensar igual. Porque dejó caer el brazo. De su mano, resbaló el arma. Y Lesley Weld pudo correr a los brazos de Shell Duncan nuevamente.

—Responda, Duncan —gimió, asustado—. Creo que no hay otra solución. Nos rendimos...

Shell, despacio, se movió hacia la emisora de radio de a bordo. Nadie intentó ya nada contra él. El piloto afirmó, sombrío:

—Es cierto el mensaje. He detectado a varios aviones que nos rodean...

CONCLUSIÓN

—Lo que más me costó de comprender fue ese cerco de aviones armados, el mensaje federal. En principio creí que era un milagro, un disparate... —Shell Duncan miró, rencoroso, a Hamilton Crosby, en la *suite* de aquel suntuoso hotel de Londres—. ¿Cómo diablos sucedió?

—Siento haberle usado un poco como cebo, Shell —suspiró el inspector federal—. Pero era usted vigilado de cerca, para evitar que le sucediera algo. Un agente nuestro a bordo se cuidaba de esa tarea: el supuesto Gregory Bannister, el magnate del petróleo...

—¿Bannister? ¿Un federal?

—Sí. Un gran parecido con el auténtico Bannister. Eso era todo. Especialmente elegido, con conocimiento del propio Bannister. Cuando usted fue cazado, él vigilaba. Lo supo todo y vigiló a la Darrin. El helicóptero que les recogió de noche a bordo del *Luxury*, trasladándoles a la avioneta Eros, de mayor radio de acción, fue vigilado por Bannister, que envió su mensaje urgente al FBI en Washington y en Londres. Las autoridades británicas, también afectadas por el caso de *Eros Inc.*, al igual que Interpol, cooperaron en el acto. Y ése fue todo el milagro, Duncan. El resto del caso, es mérito suyo simplemente, amigo mío.

—Ni siquiera mis vacaciones eran auténticas, inspector...

—Lo lamento. Le puse en un juego difícil y complicado. Su amor por Lesley Weld fue el factor sorpresa. No contaba con eso, sino con un vulgar romance de travesía. Pero veo que fue más. Mucho más. Lesley Weld me dijo que se casan mañana aquí, en Londres...

—Si no se le ocurre a usted prohibírmelo, sí. Nos casamos —dijo Shell secamente.

—¿Prohibírselo? —Crosby soltó una carcajada. Se puso en pie y

le tendió una mano—. Amigo mío, creo que el estado de casado, es el ideal para un agente del FBI. Eso le hará menos enamorado en el futuro... Le deseo suerte. Y ahora va de veras: felices vacaciones, Duncan.

—No me convence. Sigo sin confiar en usted, señor.

—Hace mal. Mi juego terminó. Aun en vacaciones, me fue útil. Es más: le concedo diez fechas extra de luna de miel..., en atención al papel que le hice representar en mi plan. ¿Contento?

—Inspector..., ¡me asombra usted! —Shell estrechó su mano con calor—. Gracias por todo. Lesley y yo le estamos muy reconocidos...

—Olvidelo —consultó su reloj—. Me vuelvo a Estados Unidos en el próximo vuelo. Creo que Interpol, las autoridades griegas y las italianas, se ocuparán de *Eros Island* y de la libertad de las prisioneras allí, así como del desmembramiento total de la organización. Hasta pronto, Duncan.

—Hasta mi regreso, señor. Se marchó Crosby. Para dar paso a Lesley Weld, que se lanzó en brazos de Duncan. El la besó cálida, tiernamente.

—Y aquí termina tu carrera de
pin-up

—dijo el agente federal—. ¿No te arrepentirás alguna vez?

—¿Siendo la señora Duncan? ¡Jamás, Shell, mi vida! —musitó ella, radiante, colgándose de su cuello—. Ésa sí que es una travesía que espero dure toda nuestra vida...

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España